

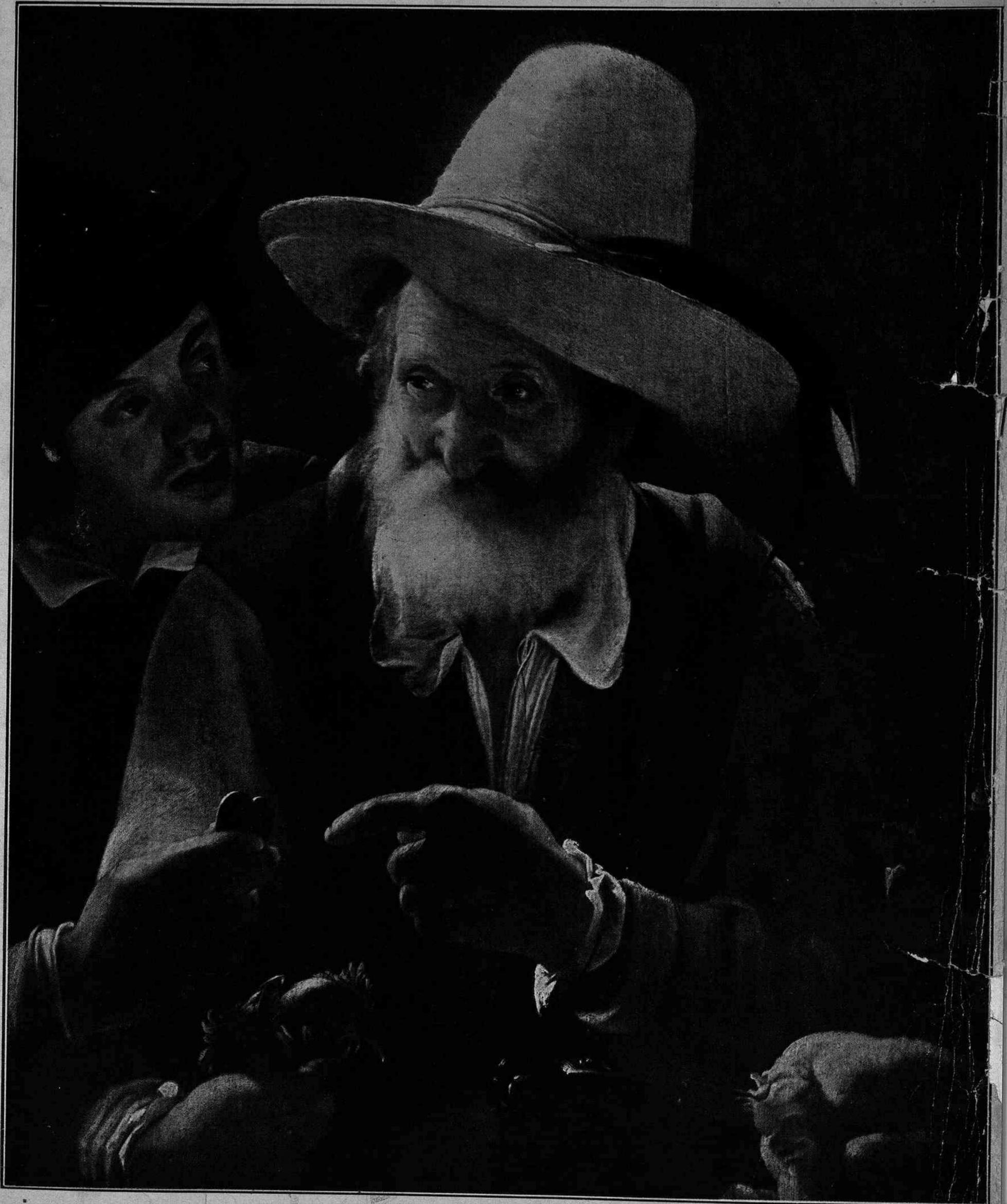
41 ENE 1920 10 1920

# La Esfera

105

Año VII Núm. 313

Precio: 60 cénts.



VENDEDOR DE AVES, cuadro de Bernat, que se conserva en el Museo del Prado

# ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

## ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, a veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

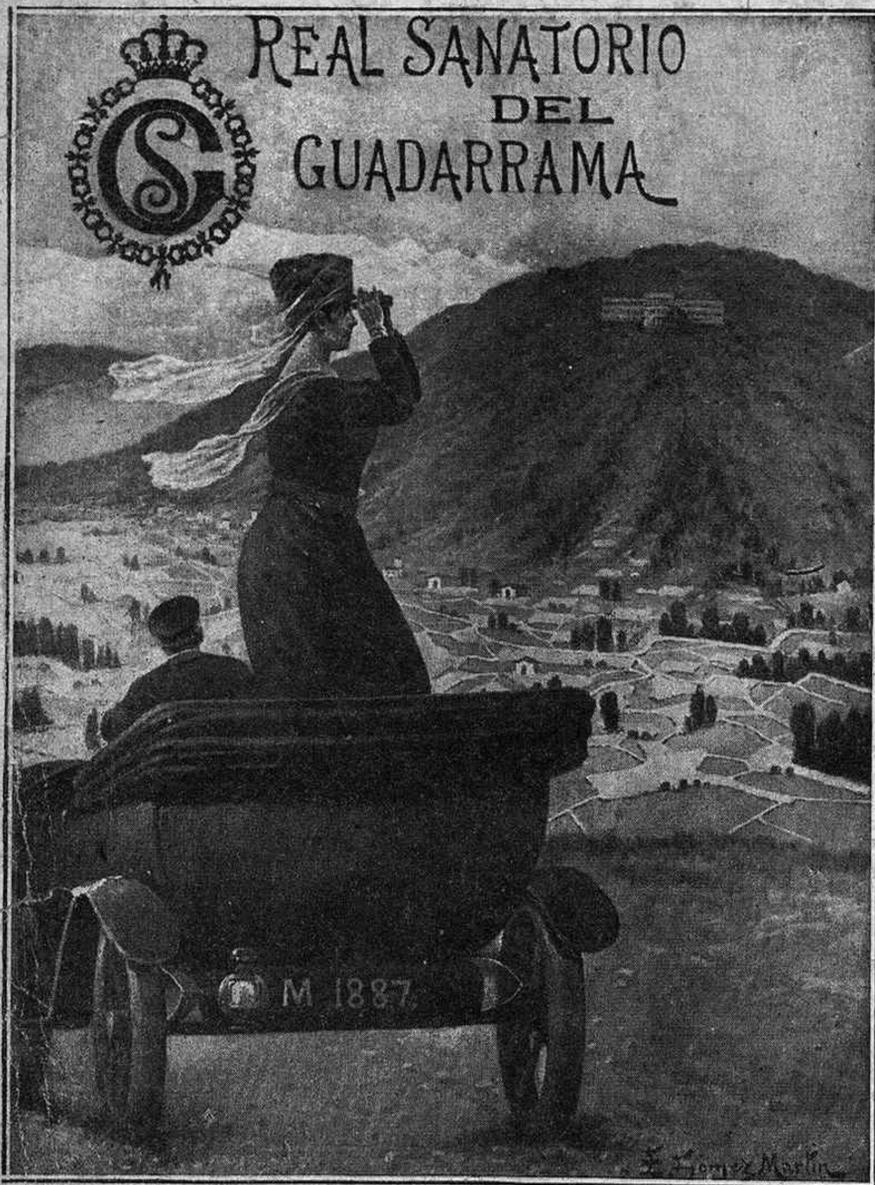
De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

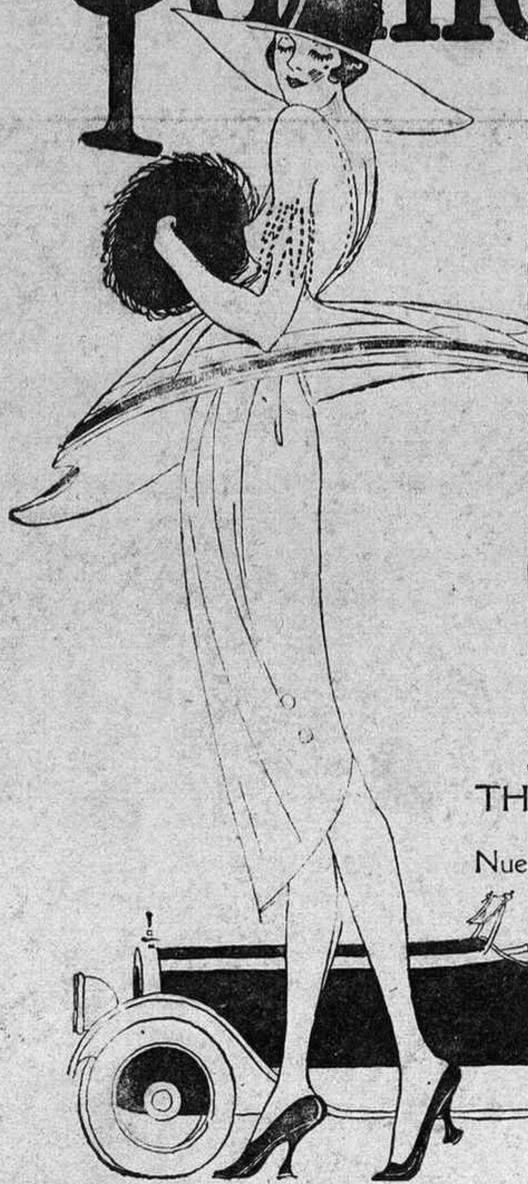
≡ **Misterios de la Policía y del Crimen** ≡  
PÍDASE Á ESTA ADMINISTRACIÓN



PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

Estación de altura: 1.700 metros sobre el nivel de mar.—Mayor sequedad de atmósfera y muchas más horas de sol que en sus similares del Extranjero.—Abierto todo el año.  
Para informes y admisión, dirigirse al Sr. Director-Gerente: **D. José Martínez Pardo Martín,** COLEGIO DE MÉDICOS, MAYOR, 1

# Jabón Palmolive



El jabón preferido para el tocador

Hecho de aceites de palma y oliva (el lujo de los antiguos Egipcios) produce una limpieza admirable. Su espuma abundante suaviza la piel; su perfume incomparable encanta.

Quedará Ud. agradablemente sorprendido con el jabón Palmolive y otros productos del mismo nombre. Después de probarlos siempre estarán en su tocador.

De Venta en las Principales Droguerías, Farmacias y Perfumerías.

THE PALMOLIVE CO.  
Fabricantes  
Nueva York y Milwaukee, E.U.A.

Agente exclusivo para España: COMPAÑÍA GENERAL DE COMERCIO EXTERIOR, S. A.—Calle Caspe, 12, Barcelona

## ALHAJAS

BRILLANTES, PERLAS, ESMERALDAS, ORO, PLATA, PLATINO, PAGAMOS SU VALOR

## FERNANDEZ Y VEIGA

Esparteros, 16 y 18.—Teléf. M. 25 29.—MADRID

Lea Ud. todos los miércoles **MUNDO GRÁFICO**

## ANISADO EXQUISITO "Las Cadenas de Navarra"

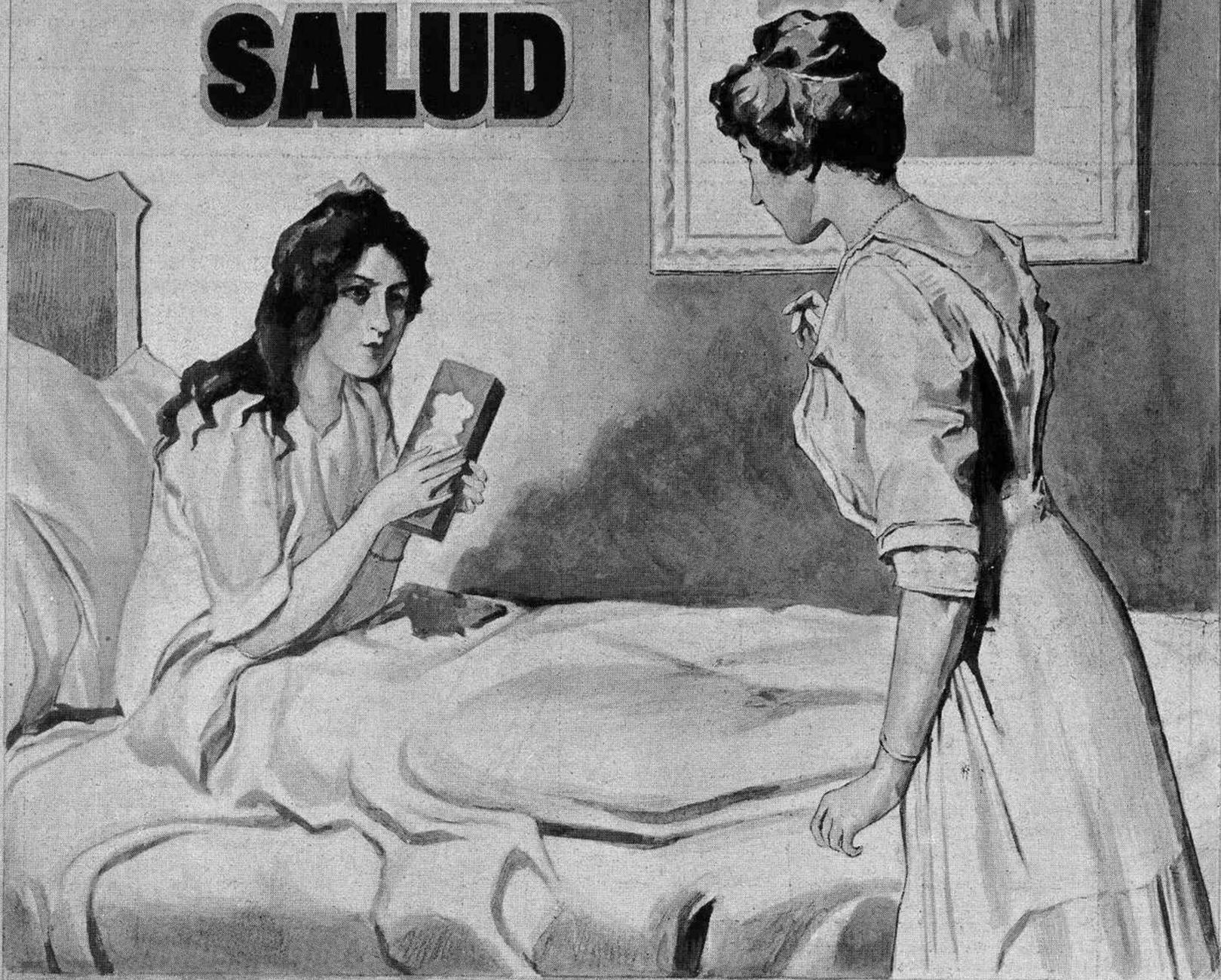
COSECHEROS Y EXPORTADORES DE VINOS:

Hijos de Pablo Esparza  
VILLADA (Navarra)



Se admiten suscripciones y anuncios para esta revista en la  
**LIBRERÍA DE SAN MARTÍN**  
PUERTA DEL SOL, 6 MADRID

# HIPOFOSFITOS SALUD



A no mucha distancia de la tuberculosis hállase la señorita que en pleno período de desarrollo se siente mala, con trastornos, por el cambio de edad, vahídos, dolor de cabeza, pereza intelectual, mucho sueño y cansancio al hacer ejercicio. Cualquiera impresión de ánimo la pone nerviosa; tiene palpitaciones de corazón, la cara triste, pálida, ojerosa: ¿Qué padece? La falta de hierro y glóbulos rojos en la sangre le privan de las funciones más necesarias para la vida. Para combatir tales estragos y decaimiento producidos por la cloro-anemia, nada hay mejor ni más eficaz que el uso de los **HIPOFOSFITOS SALUD** que hacen recobrar en poco tiempo la salud y la alegría.

**APROBADO POR LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA**  
**29 AÑOS DE CRECIENTES ÉXITOS**

AVISO: RECHÁCESE EL FRASCO SI NO SE LEE  
EN LA ETIQUETA EXTERIOR, CON TINTA ROJA,  
**HIPOFOSFITOS SALUD**  
EN LA ARGENTINA PÍDASE  
"HIPOFOSALUD"



**Agentes para la venta.**—*En la República Argentina:* Iglesias, Bidón-Chanal y C.<sup>a</sup>, Moreno, 631 y 633, Buenos Aires.—*En Venezuela:* Eliseo de Aramburu, Coliseo á Corazón de Jesús, 48, Caracas.—*En Cuba:* De venta en las principales farmacias y droguerías.—*En Panamá:* Gervasio García, Avenida Central, 68, Panamá.—*En Filipinas:* G. Martini, Limited, Droguería, Manila.—*En Colombia:* J. M. y N. E. Acosta Madiedo, Progreso, 5, Barranquilla.—*En Chile:* Eduardo Limiñana, Santa Victoria, 350, Santiago de Chile.—*En Puerto Rico:* José Combas, Apartado 182, San Juan.—*En Méjico:* En las principales farmacias y droguerías.

J. X. WALKEN FOTÓGRAFO  
Sevilla, 16

Escopetas finas de precisión y caza  
PARA TIRO DE PICHON



EIBAR. — Víctor Sarasqueta

Proveedor y fabricante de S. M. el Rey Don Alfonso XIII y de S. A. la Infanta Doña Isabel



**PECHOS** Desarrollo, belleza y endurecimiento en dos meses con **PILDORAS CIRCA-SIANAS**, Doctor Brun. Inofensivas. Recomendadas por eminencia médica. 27 años de éxito mundial es el mejor reclamo! 6 pesetas frasco. MADRID, Gayoso, F. Durán, Pérez Martín. ZARAGOZA, Jordán. VALENCIA, Cuesta. GRANADA, Ocaña. SAN SEBASTIAN, Tornero. MURCIA, Seiquer. VIGO, Sádaba. VALLADOLID, Llano. JEREZ, González. SANTANDEK, Sotorrio. SEVILLA, Espinar. BILBAO, Barandiarán. CORUÑA, Rey. TOLEDO, Santos. LAS PALMAS, Lleó. MALLORCA, «Centro Farmacéutico». HABANA, Sarrá. CIENFUEGOS, Farmacia «Cosmopolita». TRINIDAD, Bastida. PANAMA, «Farmacia Central». CARACAS, Daboin. SANTO DOMINGO, Fiallo. QUITO, Ortiz. MANAGUA, Guerrero. BARRANQUILLA, Acosta. Mandando 6,50 pesetas sellos a Pousarxer, Marqués Duero, 84, apartado 481, BARCELONA, remítase reservadamente certificado. Muestra gratis para convencimiento del éxito. *Desconfiad de imitaciones.*



Lea usted los viernes

**NUEVO MUNDO**

## Una Hora de Trabajo en diez Minutos

Desempolvar, Limpiar y Dar Brillo  
a los parquets con

# O-Cedar Mop

Polish Mop

es un simple juego.

*Podéis desempolvar, limpiar y dar brillo a la vez.*

*No hay que doblarse ni ponerse de rodillas.*

No mas rodillas cansadas,  
no mas dolores de riñones, ni manos ensuciadas.

RECOJE Y ABSORBE EL POLVO.

De Venta en todas partes — Concesionario general :  
**A. G. GUNNISON, Valencia, 318, Barcelona.**  
Bilbao — Sevilla — Valencia.



# JARDIN DE AMOR • Las mujeres de Byron



## Carolina Lamb, ó la extravagancia

**R**ECIENTE el formidable éxito de «Childe Harold», Londres se disputaba al joven poeta. Walter Scott, Campbell, Southey, Coleridge, Moore, Wordsworth, toda «la juventud dorada» proclamó á Byron como el Elegido de las Musas. La aristocracia, por su parte, requirió al laureado lord para ofrendarle una admiración de curiosidad. Y los salones de lady Melbourne, de Carlota Greville, de Sara Bunbury acogieron á Byron con delirio.

Nació el siglo XIX. La exportación enciclopedista, revolucionaria y *sans souci* minaba la medida inglesa. El buen tono de aquella época consistía en la exaltación del *snobismo*. Félix Rabbe refiere que la condesa de Cork había establecido las siguientes clases de reuniones: «rosas», para invitados con blasón; «grises», para la alta burguesía; «azules», para artistas y literatos, «donde cantaba el enano Moore, discursaba Sheridan, borracho, y la propia señora Morgan, con el pelo corto y el vestido más corto aún, luego de disertar sobre literatura, se ponía á bailar desenfadadamente».

¿Cómo puede chocar á nadie que este ambiente de aristocrática decadencia perturbase espíritus tan inquietos como el de Carolina Lamb? Esta mujer tan bella, delicada y fragante, que, siendo pobre y huérfana, llegó á casarse con el político más famoso, más joven y más rico de su tiempo, fué toda su vida una Gracia hecha Furia por el carácter.

De ella se cuenta y no se acaba. El mismo día de su boda, impaciente porque el obispo que la casó no terminaba el acto, interrumpió la sagrada plática lanzando una sarta de injurias contra el mitrado. Inmediatamente después pisoteó y rasgó el vestido de novia, y, tras un patatús, fué conducida en pleno desmayo al carruaje.

Apenas consagrado Byron por los académicos de *La Revista de Edimburgo* y por los renovadores de *Otro Espectador*, la moda literaria llenó los salones de «byronismo». Carolina Lamb se consideró heroína de aquellas páginas coléricas, musa de aquellas estrofas incendiadas. Y dirigiéndose á Rogers, amigo de Byron, exclamó:

—Si no veo á Byron, me muero.

—Como usted quiera — replicaba Rogers, no sin malicia —. Pero le advierto que es cojo y se muerde las uñas.

—Aunque sea más feo que Esopo, quiero conocerle en seguida...

ooo

La entrevista, por intervenir Carolina, fué

ruidosa. Seché y Bertrand la cuentan deliciosamente:

«Cuando las damas que se hallaban en el salón de lady Wetsmoreland se enteraron de que la presentación iba á ser en seguida, acudieron con intensa curiosidad, rodeando al grande hombre, abrumándolo visiblemente.

La dueña de la casa llevó ante él á Carolina. Esta lo examinó con atención, se inclinó sin decir palabra, retiróse á su casa con una agitación en que se mezclaba el miedo, el desdén, la curiosidad y el amor, y escribió en su «Diario» estas solas palabras: «Mad, bad and dangerous to know» (Loco, malvado y peligroso de tratar).

Al día siguiente, Byron se presentó en casa de ella. Carolina estaba con Rogers. Apenas oyó el nombre de Byron, pidió á Rogers que lo entretuviese, y salió disparada hacia el tocador.

«Lord Byron — cuenta ella misma en su «Diario» — manifestóme sus deseos de venir á verme cuando estuviese sola, después de comer. A partir de este instante, durante cerca de diez meses, puede decirse que vivió en Malbourne House.»

¡Y qué diez meses, justo cielo! Imaginad un Salomón más joven, menos delicado y tan vanidoso, por lo menos, como el autor del *Cántico de los Cánticos*. Imaginad una Belkis más caprichosa, menos rica y, cuando menos, tan despótica como la Reina de Saba.

No ya Londres; París entero fueron Galeotos de tan escandalosos amores. El marido, talento sutil, pero egoísta, procuraba llenar su vida con formidables triunfos políticos. Trataba á su mujer con esa cortesía glacial de los grandes reñores ó de los supremos desencantos, y se iba al Parlamento, al Club, á mil sitios, sin preocuparse lo más mínimo de su mujer.

Carolina, como un teólogo luterano, halló en este desdén «la ratio suprema», y se lanzó desenfadadamente en brazos de Byron. El poeta, con su temperamento y su ideología, paseó, primero por todo Londres y después por todo París, á aquella heroína del escándalo y del amor, preparando tal vez con sus orgías en el hotel Meurice las escenas más elocuentes de *Sardanápalo*.

En fin; qué tales serían las licencias, los ufanismos, los colores chillones de aquel tapiz de amor, que hasta París lo repudió por cínico. No todos los días, ciertamente, se exhiben un lord, poeta de gran fama, y una dama, mujer de un gran político, en el palco, en el tilburi, en el comedor, en el propio cuarto del hotel y con las ventanas abiertas.

Byron, infatigable de amor, se fatigó de extravagancias. Carolina quería cosas tan absur-

das como vestirlo á él, cada hora, con traje de un país distinto, y que cada comida fuese distinta en todo el año. Surgió centelleante la primera mirada colérica. Electricidades del mismo orden se repelieron con furor. Temperamentos altaneros y violentísimos, Carolina le tiró un plato á la cabeza, y Byron, cojeando, la persiguió con un bastón. Apolo, iracundo, apaleando á una Musa fugitiva, pone al Olimpo de Homero en manos de Aristófanes, y á los dioses de la *Iliada* detrás de los carniceros de *Las avispas*.

Al cabo, Carolina se parte á Irlanda. Byron, desde París, responde á una carta artificiosa y sollozante con esta implacable y vengadora saeta:

«He dejado de ser vuestro amante. Y ya que me obligáis á confesarlo, á causa de esta persecución tan inconveniente á vuestro sexo, debéis saber que estoy ligado á otra. Seguiré siendo vuestro amigo, si vuestra señoría me permite tomar este título, y como la mayor prueba de consideración, os daré este consejo: Corregíos de vuestra vanidad, que es ridícula; descargad sobre otro vuestros absurdos caprichos, y dejadme en paz.»

Fué irritar más á la leona. Furiosa, emprendió el viaje desde Irlanda y se presentó en casa de Byron vestida de hombre. Byron, sarcástico, la dijo:

«Escena digna de *El baroncito de Faublas*.» Y dió media vuelta, dejándola petrificada.

Otra vez pudo Carolina penetrar en la biblioteca de Byron. Halló el *Whathek* y escribió en la primera página: «Remember me.» Byron llegó y puso debajo:

«¡Acordarme de ti! — Mientras el Leteo no haya extinguido el abrumador torrente de la vida, — á ti se ligarán los remordimientos y la vergüenza, — y te perturbarán, como un sueño delirante!

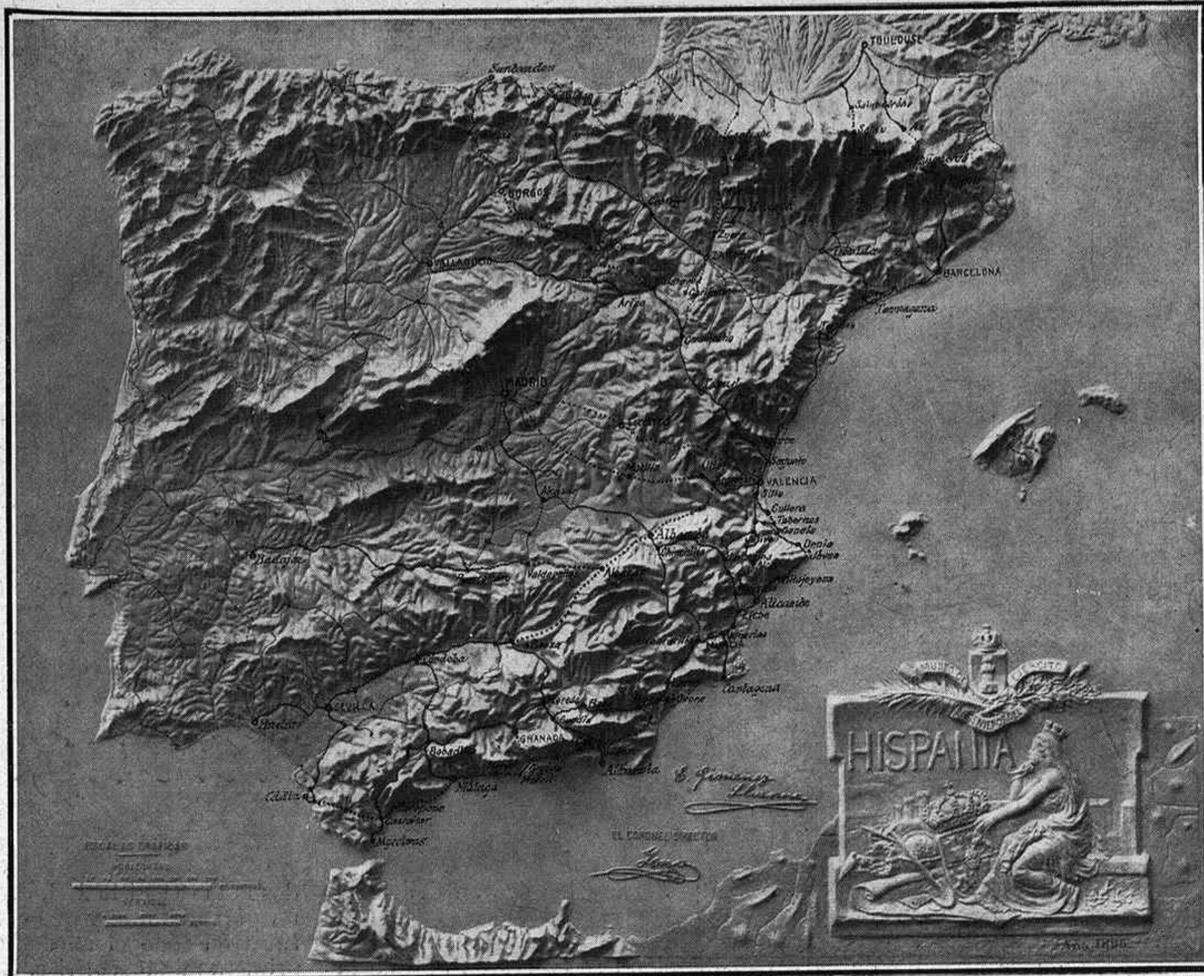
»¡Acordarme de ti! — ¡Ah! ¡No lo dudes! — También tu esposo se acordará de ti. — Ni él ni yo te olvidaremos. — Para él fuiste perjura y para mí has sido un demonio...»

De esta manera, más que desdeñada, como una adúltera vulgar, lapidada, como una adúltera del Viejo Testamento, Carolina Lamb desaparece bajo los *Trenos* de este Jeremías romántico.

Y Byron, fatigado, abatido, lleno de lentas atriciones, lapidando á su cómplice en liviandad, no es el sollozo hipócrita del fariseo, sino el grito horrorizador de un donjuanismo impenitente...»

CRISTÓBAL DE CASTRO

## UN ESTUDIO INTERESANTE CENTRO FERROVIARIO DE VALENCIA



El hombre de ciencia no necesita los mapas en relieve. El plano acotado, con curvas de nivel ó sin ellas, contiene suficientes elementos para resolver cuantos problemas topográficos se le presenten.

Pero la ciencia debe democratizarse. Hay que divulgar, hay que popularizar los conocimientos científicos; la cultura geográfica, que es la más

sólida base de la cultura general, hay que llevarla á la casa y á la escuela; debe ponerse al alcance de la mujer y del niño, de todo aquél que tenga ansia de saber, de todo individuo que desee conocer las bellezas que, con sus armonías y contrastes, nos presenta por todas partes la corteza terrestre. Y para esta obra de vulgarización de los conocimientos geográficos es elemento valiosísimo el mapa en relieve, así como las fotografías que de él se obtengan.

El fotografiado que hoy se publica en LA ESFERA es una reproducción del mapa mundo en relieve «Hispania», que se construyó en el Museo de Ingenieros, y ha servido como nota gráfica, como resumen, como resultado de un estudio hecho sobre el Centro Ferroviario de Valencia.

La línea de Valencia á Sevilla nos presenta un caso típico de la armonía que puede existir en muchas ocasiones entre las indicaciones de la Naturaleza y los proyectos del ingeniero.

Tengamos presente para el examen de esa zona que ha de cruzar el ferrocarril directo de Valencia á Sevilla, que el mapa en relieve no resuelve un problema científico; resuelve, sí, un problema óptico.

El efecto de la fotografía que lo reproduzca depende de la dirección de la luz: es preciso variar de posición el papel á fin de conseguir que las formas del terreno se destaquen con la mayor limpieza y con el mayor efecto artístico.

Suponiendo que se encontró la posición conveniente, fijemos nuestra vista en el Sudeste de la Península. Contemplaremos una imponente masa montañosa, agrupación de cordilleras, macizos y sierras que constituye una de las más interesantes manifestaciones de la estructura del territorio español. Veremos también que la línea topográfica de Sevilla á Valencia, la que enlaza el puerto fluvial del Guadalquivir con la desembocadura del Turia, se destaca admirablemente: está perfectamente acusada. El ferrocarril, el trozo construido de Sevilla á la estación de Baeza, sigue el curso del río. Al llegar á este punto, la proyectada línea remontará el Guadalquivir, que corre entre las dos lomas de Ubeda y Chiclana, y luego seguirá suavemente por el Guadarmena hasta llegar á la meseta manchega, por donde correrá en plena llanura, bordeando la sierra de Alcaraz y pasando por Albacete.

Más allá de esta capital de la Mancha, y en la segunda parte del recorrido hasta Requena, encontrará la línea el único obstáculo de frente, el cruce de dos ríos, Júcar y Cabriel, empalmado en Requena con el ferrocarril de Las Cabriñas que termina en Valencia.

Problema completamente distinto se presentó al trazar el ferrocarril de Murcia á Granada. El terreno que se extiende entre Huércal-Overa y la hermosa capital andaluza es un laberinto, una dislocación, un conjunto de terrenos antiguos y modernos, es el resultado de grandes convulsiones geológicas que cortaron el estrecho, que cegaron el gran canal que, por lo que hoy es el valle del Guadalquivir, ponía en comunicación el Atlántico con el Mediterráneo. No; lo que es en aquella zona, en que los movimientos tectónicos han engendrado una comarca de formas fantásticas, encanto de los alpinistas, no favoreció la Naturaleza el trabajo de los ingenieros, ni permitió que el ferrocarril se trazase sin esas grandes desviaciones que jalonan Baza, Guadix, Moreda y Granada.

Cartagena, Valencia y París están en línea recta. El puerto de Orán está en frente de Cartagena. Francia quiere acortar la distancia que la separa por mar de su colonia argelina, y trabaja por tener ferrocarriles directos de París á Valencia y Cartagena. Ya están en construcción los dos que se proyectaron.

En la cordillera pirenaica, casi en línea recta con Barcelona y Tolosa, está Puigcerdá, capital de la Cerdeña española. Aquella meseta fronteira es una interesante altiplanicie que invita á un descanso en la marcha al excursionista que trepa ó se precipita por las fragosas sierras de los Pirineos Orientales. Por la Cerdeña pasará el ferrocarril de París á Barcelona, Valencia y Cartagena.

Lérida está en la orilla del Segre y en los límites de los Llanos de Urgel. El Noguera Pallaresa es un afluente de la derecha del Segre. Remontando ésta y siguiendo por el Pallaresa, se ataca de frente la gran cordillera y se va ganando altura desde los Llanos de Urgel hasta el puerto de Salau; allí ha de estar el túnel internacional del ferrocarril París-Tolosa-Lérida-Tarragona-Valencia y Cartagena. El Valle de Arán, bellísima comarca española, en donde nace el Garona, río francés, queda, por desgracia, fuera

del trazado del ferrocarril del Noguera Pallaresa.

Otra línea internacional es la que ha de cruzar los Pirineos Centrales en el puerto de Canfranc y llegar á Zaragoza por Jaca. Este ferrocarril también podrá considerarse como directo de París á Valencia, cuando se construya el ramal de Zaragoza á Calamocha por el Campo de Cariñena.

La prolongación del Central de Aragón, de Calatayud á Reinosa por Soria y Burgos, pondrá en comunicación directa á los puertos de Valencia y Santander. Reinosa está á unos tres kilómetros de Fontibre, de las fuentes del Ebro, y está no muy lejos de Peña Labra, vértice de ese triángulo isósceles que forma la cuenca del gran río que dió nombre á nuestra Península. Esa cuenca triangular tiene como límite septentrional la grandiosa barrera de los Pirineos; la otra línea, lado del triángulo que parte de Peña Labra, es una serie de macizos aislados. Recibieron éstos en otros tiempos el nombre de Cordillera Ibérica.

Hoy no se admite esa denominación para aquellos grupos de montañas.

Reinosa está casi en el borde del núcleo central de la Península: ese núcleo central que se extiende desde el Ebro al Guadalquivir; que comprende la redondeada meseta de Castilla la Vieja y su hermana gemela la Mancha (*tierra seca* en árabe); que se apoya en el gigantesco escalón del Cantábrico, y que lanza sus estribaciones al Atlántico y al Mediterráneo. Ese núcleo central del territorio español es un caso de PENPLANCIE, de *casi-llanura*, de emplazamiento de grandiosa y antigua agrupación de montañas y sierras, de macizos y cordilleras destruidas, desmoronadas, cuyos valles se rellenaron con los materiales procedentes del derrumbamiento de las crestas.

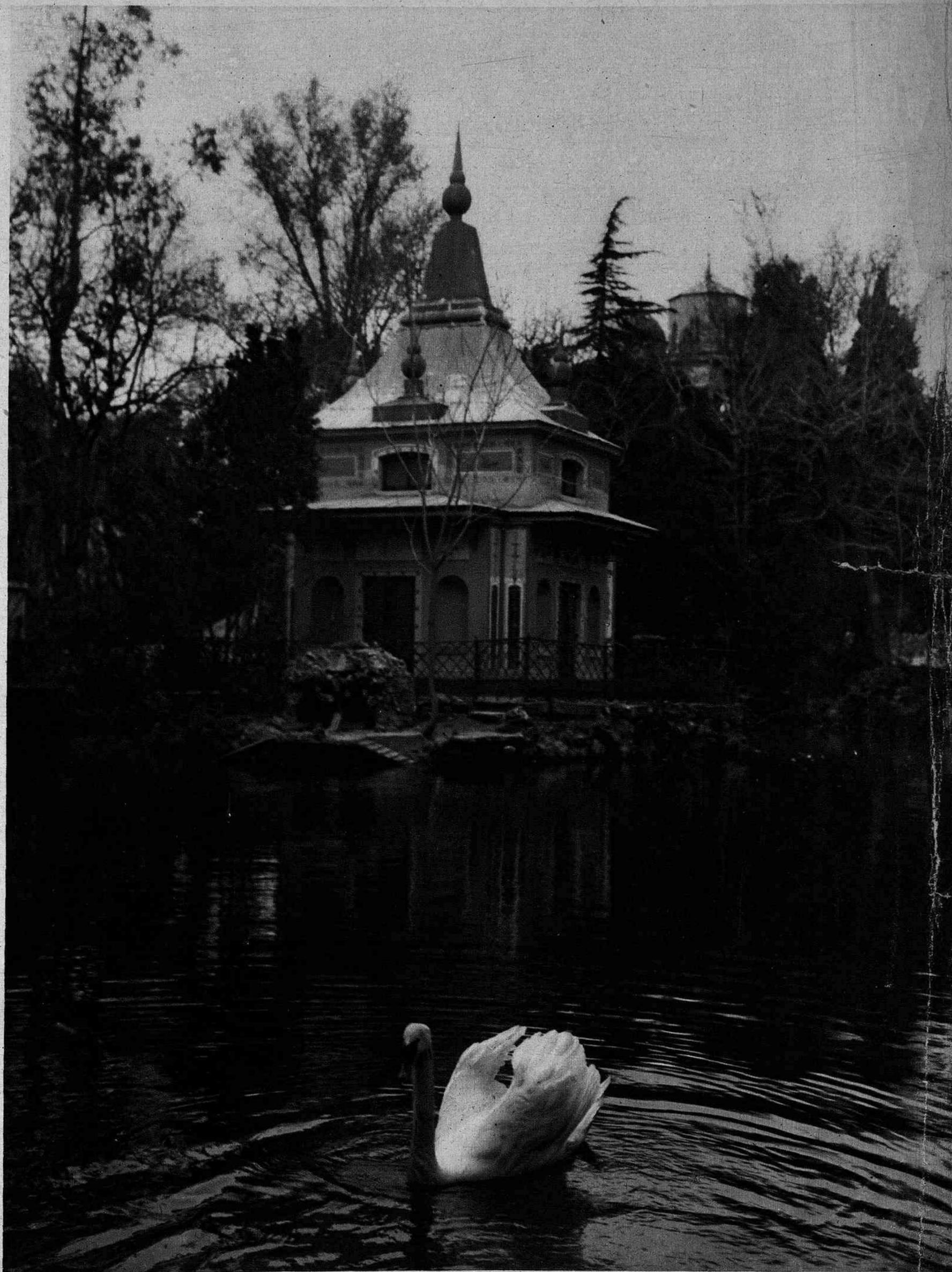
Las sierras castellanas no son otra cosa que las arrugas, las erupciones del núcleo central. La Sierra de Gredos está en plena juventud, como lo manifiestan sus agujas, sus riscós, sus aristas vivas y sus espumosas formas. La de Guadarrama, con sus redondeadas cumbres, es un símbolo de la edad madura, y los Altos de Barahona, en donde nace la Cordillera Carpetana, son imagen viviente de la decrepitud.

Por el grupo montañoso oriental que enlaza el núcleo central con las costas del Mediterráneo, por la pintoresca Serranía de Cuenca, ha de cruzar el ferrocarril directo de Madrid á Valencia, el que ha de dar á la capital de España una salida al mar en el puerto del Grao, un mercado en la riquísima vega valenciana y un sanatorio en la proyectada estación invernal.

E. GIMÉNEZ LLUESMA

LA ESFERA

# PÁGINAS ARTÍSTICAS



"LA CASITA DEL PESCADOR", EN EL RETIRO, DE MADRID Fot. Co tés



EL MONUMENTO Á ALFONSO XII, EN EL ESTANQUE DEL RETIRO

Fot. Cortés

LA ESFERA

# PÁGINAS ARTÍSTICAS



UN ASPECTO DEL ESTANQUE DEL RETIRO, DE MADRID, AL ANOCHECER

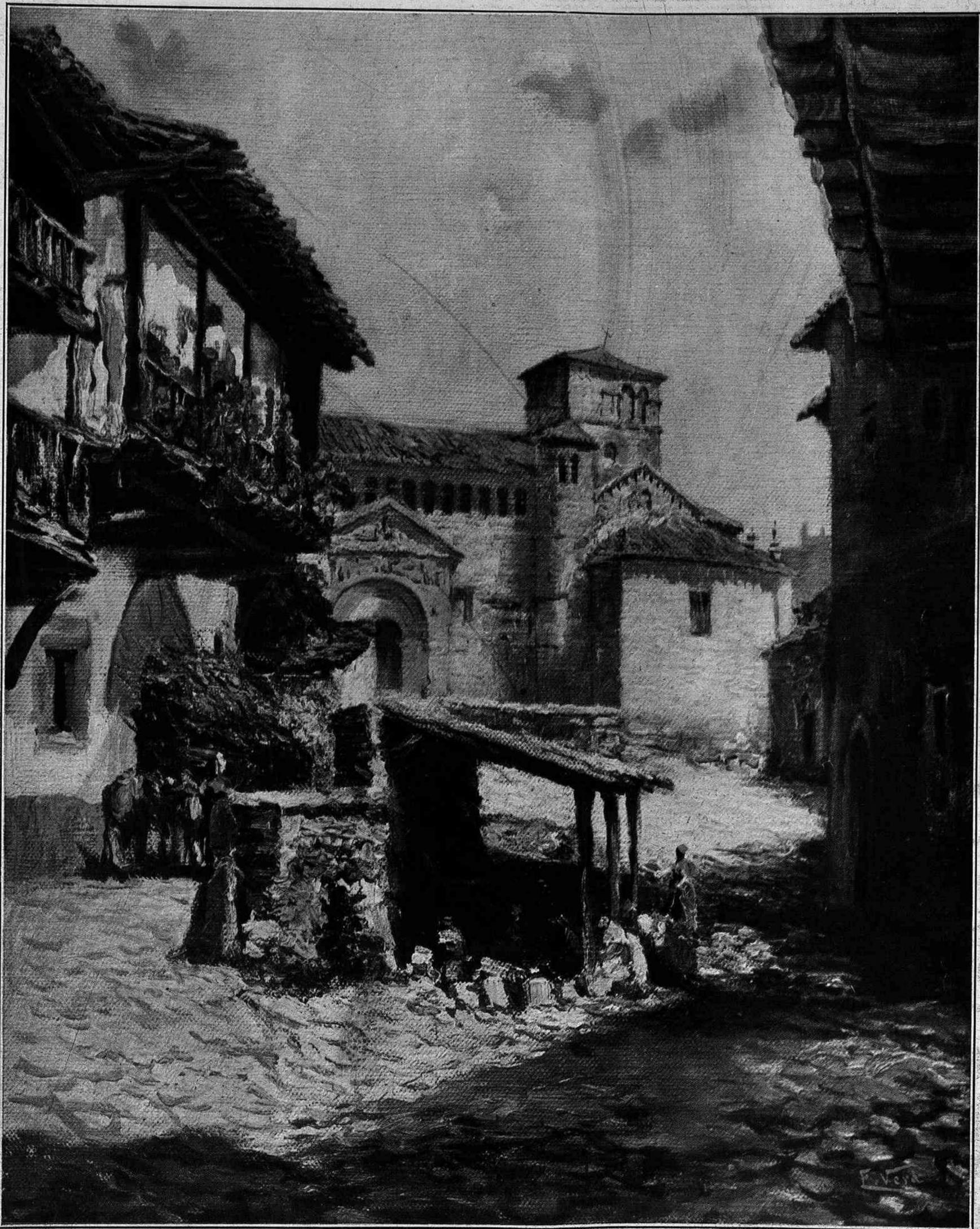
Fot. Cortés

# La Esfera

Año VII.—Núm. 313

3 de Enero de 1920

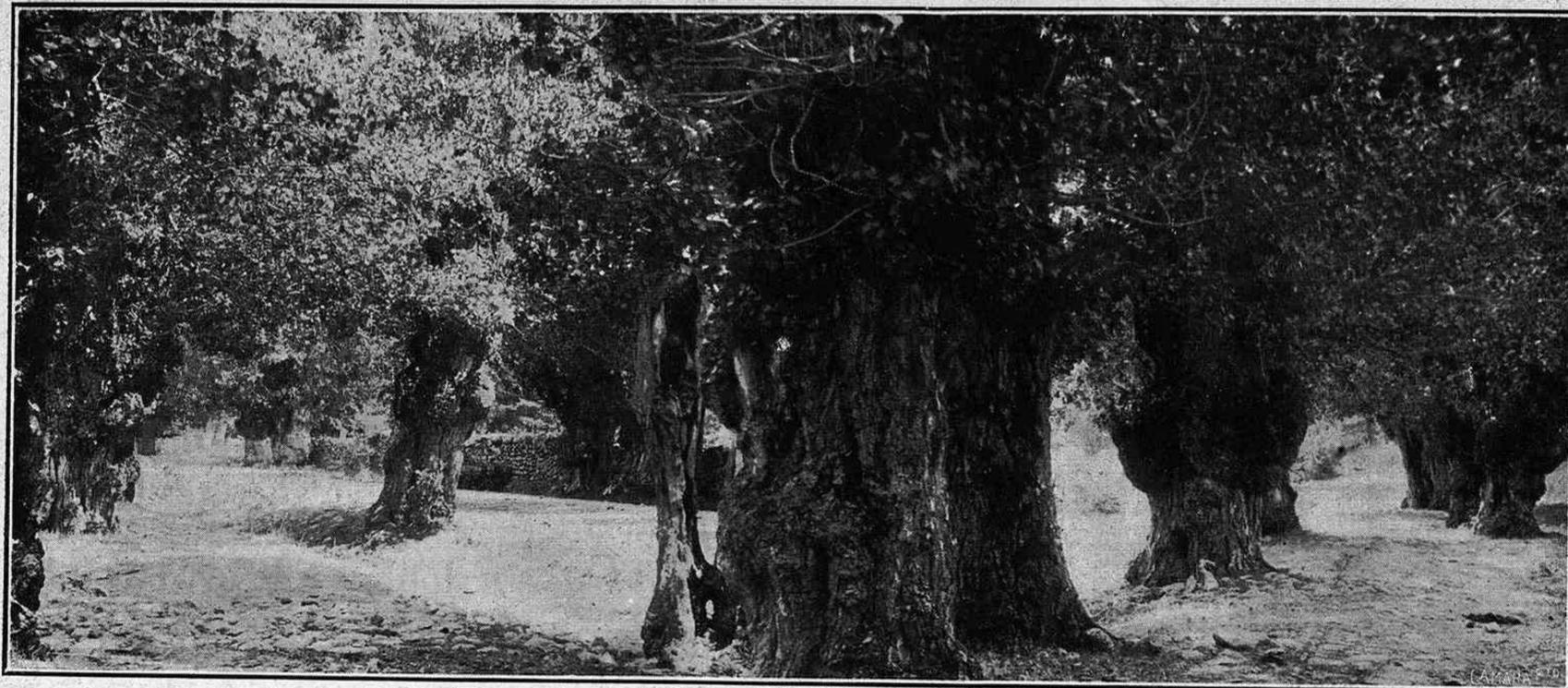
ILUSTRACIÓN MUNDIAL



SANTILLANA DEL MAR

Cuadro original de Enrique Vera

# DE LA VIDA QUE PASA LA CIUDAD Y EL CAMPO



ESTA quietud de los ámbitos campesinos es, de pronto, emoción suave y sedante, por el contraste con el bullicio habitual de las poblaciones; después, pereza, voluptuosidad inefable, absorción. Luego, á lo largo de los días, sentimos una modorra plácida, suave, apoplética de paz y de sosiego, algo como una atrofia mental, como si por un extraño fenómeno hubiésemos perdido el don del pensamiento. Lentamente vamos reintegrándonos á la sensación activa, á la plenitud emocional. Y entonces pensamos en el estado primitivo del hombre, en las sensaciones rudimentarias del hombre en plena naturaleza, en el hombre cavernario, lejos de la influencia de las estructuraciones sociales y sin contacto alguno con las formas, disímiles de la civilización.

Pensamos en el hombre natural, tan producto biológico como este bosque de castaños ó aquella gándara silenciosa—«esquiva», como dijo el bardo de *Los Eoas*—ó esotra mesnada de ovejas triscadoras; en el hombre cuya alma es, al decir de Aristóteles, una tabla rasa en la que no hay nada escrito.

He aquí el robledal añoso y umbrío, el valle congestionado de verdura, surcado por arroyuelos cantarines; el pinar ya silente ó rumoroso, y la montaña hierática, con el penedo informe á un lado y al otro el dolmen druida. Comprendemos mejor que nunca el encariñamiento «rousseauiano» con el hombre formado á tenor de las leyes de la Naturaleza, lo más posiblemente adaptado á ellas. ¿Provendría de una educación así un tipo humano más perfecto? No nos aventuramos á la afirmación categórica, porque por debajo ó por encima de las capacidades y las obras humanas, de los experimentos y los sistemas científicos hay una neblina misteriosa ó un punto enigmático; mas tampoco la negación sería discreta, ya que las verdades y las normas conocidas como inconcusas ó como mejores advienen después de una larga serie de tanteos y ensayos.

Alguna vez hemos pensado en el concepto que tendría de la civilización un hombre cultivado, atento á todos los problemas del espíritu, en su indolencia por el sentido de la vida y en su resolución dentro de los regímenes sociales, que permaneciese luengos años alejado del trato humano, sin pensar en nada—en sentido filosófico—ni leer un libro, en la isla de un Robinson ó en un desierto, y tornase luego á la ciudad, asomándose á las transacciones del hombre en las distintas esferas de la vida colectiva, en la feria de la política militante, en las convenciones de las costumbres, en todas esas relaciones que, en fuerza de ser acatadas por un pos-

tizo sentimiento ó por una relación subconsciente de respeto á sancionadas ficciones, se convierten en mecánica cortapisa del libre juego de la razón, en celaje fuliginoso que envuelve la espontaneidad del alma; de donde resulta que el libre arbitrio se halla sofocado en los conglomerados carentes de normas mentales y supeditados á orientaciones automáticas por una balumba de actos deterministas. La propia originalidad se esteriliza en medio de hábitos gregarios y bajo la imposición de apariencias y formas sociales no regidas por principio racional alguno.

Para ese hombre que retorna del desierto á la ciudad, ¿qué sentido tendrán todas las derivaciones del llamado progreso, cristalizadas en ideas, leyes y costumbres?

ooo

Al socaire de un castaño centenario, contemplando en lontananza el cristal de la ría de Arosa, tendida voluptuosamente entre dos trozos de tierra, pienso en estas cosas, indiferentes para los espíritus curtidors en una grosera noción de la vida, predilectas para los que cuegan en las nubes blancas y azules del ideal, que ciñen las cámbres de lo verdadero, la suma de sus anhelos y nobles ambiciones. Se suele decir ideal sin exponer una cosa definida; entendemos por *ideal* un ensueño, un altísimo ensueño nimbado de grandezas, una ambición elevada y magnífica, una sed implacable de perfección en lo humano, de supremo conocimiento, de suprema libertad, de suprema justicia, de supremo amor, de identidad y enfiusión en lo eterno y universal.

Esta vida aldeana es el venero de nuestras reflexiones. Estos hombres del campo, estos labriegos que arreañ una yunfa de bueyes ó expurgan de parásitos la mies verdeante—promesa é incertidumbre del esfuerzo humilde—se nos antojan más cultos, más «hombres» que los que en las ciudades participan de ciertos refinamientos. Parece como si al nacer trajeran una herencia de ancestral sabiduría. Hay en su manera de ser esa elocuente sencillez privativa de la razón. Yo no sé si saben leer y escribir, y me figuro que ninguno de ellos ha leído á Platón ni á Descartes, á Hegel ni á Santo Tomás, á Tolstoi ni á Nietzsche. Pero la verdad es que ellos son filósofos sin saberlo ni pensarlo; porque viven su visión sencilla de las cosas, y acaso así son más felices, sin que los turbe la obsesión de una norma suprema intuída á través de la especulación científica. Tampoco han visto la luz eléctrica, ni andan en automóvil (Unamuno nos tiene dicho que hay quien va en automóvil, pero

lleva el espíritu en carreta), ni se sirven de otros muchos elementos que el progreso ha puesto al alcance del hombre moderno. Y tienen, sin embargo, un certero sentido de las cosas, formado por el caudal de experiencia. Hay en ellos un fondo de bondad y una llaneza natural no común en el hombre de la ciudad, mixtificado por las apariencias y el mimetismo, y maleado por el encarnizamiento de la lucha por la existencia, la cual ahoga todo escrúpulo en el individuo y lo exime de móviles morales en sus acciones en nombre de un egoísmo que se pretende cohonestar con el derecho de la necesidad. Un leve barniz de civilidad suplanta allí los valores auténticos. La lucha por la vida no se desarrolla de inteligencia á inteligencia, de espíritu á espíritu, sin mengua de austeros deberes, sino de habilidad á habilidad, de argucia á argucia, de engaño á engaño, con exclusión de todo principio ético. El darwinismo social es, cabalmente, un absurdo, una mentira; la única concepción noble y legítima de la fuerza es la espiritual, la que dimana de valores puros y honestos. Predomina el más adaptado sobre el más apto, apurando el sarcasmo hasta la injusticia más atroz. «La adaptación—advierde con su habitual penetración José Ortega Gasset—barre al genio de la haz de la tierra, porque desaloja de sí mismo al individuo.»

Hemos citado la luz eléctrica y el automóvil como testimonio de progreso; pero ¿qué influencia altamente positiva (y lo positivo no se da sino en las zonas espirituales) ejercen estos y otros aspectos del progreso en las facultades superiores del hombre? Los valores más altos, sólidos y ponderables del progreso son únicamente los que tienden á la perfección individual, al desarrollo y acrecentamiento de los factores intelectuales, á la amplificación de los horizontes del espíritu, deparando de tal suerte á la persona humana más nobles goces y más depuradas emociones.

El contacto de la Naturaleza es un excelente factor educativo. El labriego gallego nos parece un hombre más libre y culto que el de la ciudad. En ese maremágnun de gentes que se diputan cultas y ensalzan ardorosamente el ideal de libertad, ¿habrá, ¡oh, mi amado Filoteo!, un espíritu rigurosamente libre?

Y he aquí que nos tienta el deseo, ante esta campaña luminosa y estos valles hendidos de paz y de dulzura, de exclamar con Juan Jacobo:

—¡Volvamos á la Naturaleza!...

ROBERTO BLANCO TORRES

FOT. FONT

MUNDO FEMENINO  
LOS NACIMIENTOS DEL NIÑO JESÚS



**S**ENSIBLERÍAS de mujer ó meditaciones de filósofo? Quizá ambas cosas.

Veréis:

Antes, en mis tiempos, ya remotos, vendíanse en Madrid 200 nacimientos buenos (dando por bueno todo el anacronismo imaginable) y muchísimos miles de «nacimientos de á treinta reales!»

Este era el grito en los soportales de Santa Cruz y la Plaza Mayor, entre verdaderas barricadas de turrón y peladillas: «Nacimientos de á treinta reales!»

Los había de menor cuantía; pero, por regla general, en todas las casas tenían 30 reales para festejar al hijo, honrando al Hijo de Dios.

Los turrónes vendíanlos muchachotes alicantinos ó cartageneros, robustos y brillantes como cromos recién barnizados, bajo sus sombreros típicos; y los nacimientos eran mercancía de baratijeros madrileños, quienes comían, ¡no sé por qué!, constantemente todo el día, toda la tarde, cascajo y escabeche...

Mujeres de Fuenlabrada y Fuencarral, talmente vestidas que las adoratrices de aquellos nacimientos, pululaban pava ó capón en mano, con aire morlaco, asombrándose ante aquellas esculturas chanflonas de «á rial y medio la media docena!»

Todo era plétora.

Los vendedores eran fuertes; las pilas de turrón, impracticables; los pavos alfombraban literalmente las calles de Madrid, y los nacimientos de á duro y duro y medio vendíanse por cientos, por miles, por mirias...

El Madrid de entonces, más sincero, era más feliz. Y era más feliz porque, por ser sincero, los grandes señores ayudaban con el corazón á sus adictos (con menos Juntas pías y menos tes de caridad); era más feliz porque las madres, en la clase media, usaban mantilla y podían hacer el extraordinario de una pava asada en la panadería y un nacimiento para el nene.

Para el nene, sí; para «el chiquitín de la casa»: cinco palabras que expresan más que «el bebé» ó la *baby*; que no parecen ser de la casa nuestra española, porque pasan de la *nurse* á la *bonne* y de la *bonne* á *mademoiselle*, y se les llama al nacer *baby* ó bebé, en vez de conservar su enorme jerarquía bajo el dulcísimo título del «chiquitín de la casa», del último que debe ser el primero...

¡Ah, poesía nuestra, cuál te escapabas entre *pourparlers* y frivolidades costosas y molestas!

Estos tiempos son otros.

La cloroanemia aniquila los cuerpos y las almas.

Ya el baratijero no es recio ni come á toda hora cascajo y escabeche, y los nacimientos los fabrican, en el conticinio de las noches sin pan ni fuego, las mujeres y los venden los niños! Los pregonan anhelantes por engañar con su grito y su pobre mercancía á otros niños de su misma edad, quienes á su vez van buscando «gangas».

Todos, á sus diez años, conocen — ¡oh dolor! — el valor de la moneda, y así chalanear

sus compras, lo mismo que personas provcetas:

—Pero, hombre, por Dios, si estas casucas las has hecho tú ó tu madre sin «gastos»; mira, el tejado es el cartón en que vienen las bombillas eléctricas.

Y el pequeño vendedor se encuentra «cogido» en su pecado de economía, y no acierta á decir que por eso y por su mucha hambre pueda dar un «mesón» ó un «pozo» ó una «taberna» por quince céntimos... No acierta á «defenderse», y se conforma con odiar al señorito, á quien supone menos desamparado que él.

Un niño y otro niño de éstos están separados ya, como antes no lo estaban ni los hombres.

Juegan de distintos modos y á distintas cosas, porque ya los asilos y las casas para obreros han desalquilado nuestras amadísimas guardillas, donde mamá nos mandaba á los niños ricos con bandejas de turrónes y panderos, á buscar al nieto de la ex costurera ó doncella de casa...



El Niño Jesús

¡Oh, aquellas visitas — realmente piadosas — en que mamá veía un medio educativo!

¡EDUCATIVO á la usanza de gran señora, no esto que ahora llamamos las madres *educar*, cuyo radio pedagógico no pasa del Ritz, del cine y la Academia de lenguas!

Yo recuerdo sin dolor en el alma aquellas cenas opíparas y aquellas *gourmandisses* de mi padre, porque antes habían salido de casa seis ó siete cestas, bien colmadas, para seis ó siete familias pobres á las que mamá nos hacía tratar con amistad; pero sin el parergon de estas benditas cestas yo no sabría encontrar «graciosa» aquella gula refinada.

Nadie podrá negar el poder de las fechas; una pobre hoja de un calendario con un sencillo 17, nos martillea, nos aviva ó nos hace meditar más que el Kempis. ¿Qué hicimos aquel día? ¿Cómo levantaremos las hojas siguientes? ¿Será nuestra mano quien termine el bloque inexorable, ó irá á saludar allá, muy allá, la dulce mano que más amantemente besábamos aquí abajo?

Nadie medianamente sensible, medianamente consciente, puede acostarse la noche de Navidad sin amar un poco á Jesús por cómo supo amar á los hombres. Nadie se sustraerá á pensar en los fríos y en los quicios y en los niños sin madre... Esta grosera fiesta de la digestión tiene un momento supremo de divinidad que nos pregunta en el conticinio muchas cosas hondas al oído.

Y en esa ola de vesania que asola el mundo, el niño Jesús — como en ese lindo grabado hoy muy en boga — llama al sagrario de nuestro corazón.

Es preciso, es forzoso encauzar hacia un río de amor los odios absurdos que el egoísmo y la incomprensión han ido creando. La obra es, más que de estadistas, de madres. Hablan hoy las mujeres demasiado de la siembra de sus derechos, y es preciso que se unan para colectar la flor de sus deberes. Y entre éstos, el principal es hacer que se amen las clases, y, lo que es más necesario aún, que no dejen de amarse (de amarse BIEN) los sexos.

El «obrerismo» nos trajo á todos — á ellos y á nosotros — grandes males; pero el «feminismo» — si no acertamos á encauzarlo armónicamente — deshará el mundo.

El odio es un clavo ardiendo en el corazón; pero el odio — más ó menos visible — bajo un mismo techo, es un doble martirio aniquilante.

La mujer española, hoy tan ilustrada y tan voluntariosa para la lucha, debe empaparse en toda la poesía pedagógica de estos «nacimientos» y de estas pavas asadas en casa; debé dar á la palabra casa un sentido de MANSIÓN DE PAZ, y á cada año nuevo saludarle con la alegría de un derecho adquirido y la felicidad de un deber llevado á cabo á contraviento si hace falta, saltando la estúpida alambrada de la meda ambiente...

MARÍA VALERO DE MAZAS

LA ESFERA

# LA PINTURA MODERNA



ALBORADA, cuadro de José Pinazo Martínez

## LA SEÑORITA ANDRÓGINA

ESTAMOS sentados en la sala del *bar* elegante; mi amigo provinciano mira las cosas más bien con gesto hostil y adusto. La frase trivial, manida «nosotros allá en...» ha asomado veinte veces á sus labios, desde que salimos para almorzar en el Ritz aquella mañana. Así me ha ido enterando de que *allá en...* las calles están mucho más limpias y mejor cuidadas (claro que no pasa nadie por ellas, que no circulan carros, ni coches, ni autos, pero eso no quita para que estén mejor); que *allá en...* el café, *relativamente*, es mucho mayor y las gentes que á él asisten más cordiales, pues se conoce todo el mundo (no hay para qué tener en cuenta que en la capital provinciana un local como una plaza de toros cuesta una insignificancia y, en cambio, en la Puerta del Sol es oro, ni que es natural que veinte personas que se ven todos los días durante años y años se traten... sin perjuicio de despellejarse luego); que *allá en...* el paseo, el *Salón* se llama (cien metros de largo por cincuenta de ancho), donde la banda toca los jueves y domingos, es más tupido que la Castellana y menos húmedo que el Retiro; que en las tiendas atienden mejor (como nadie tiene que hacer, además de despachar, se echa media hora de conversación); que los alimentos son de superior clase, las aguas más puras...

Su indignación ha culminado en el Ritz; el *filet de sole sauce ecrevisses* le ha parecido abominable, el *chateaubriand au madeire* sencillamente venenoso, la *teme* de los criados antipática, la gente vanidosa. Su ira de *señorito*, acostumbrado á que todo el pueblo esté pendiente de su persona, de sus gestos, de sus chistes, al ver que nadie repara en él, pone amargura en sus palabras haciéndole encontrarlo todo mal. Y justamente, lo más sano es que lo que *allá en...* se consideraba *muy de Madrid*, es lo que más desentona en Madrid.

Pero ahora, en el *bar* galante, su disgusto crece por momentos. El *gin-cock-tail* le ha arrancado una mueca; el olor de los cigarrillos turcos le da dolor de cabeza, y las mujeres... Estalla por fin:

—¡Caramba! ¡Y éstas son las *gachis*—se jacta de hablar el *argot* como un chulo del Humilladero—de que tanto presumís! ¡Pues no le veo el chiste á las mujeres de Madrid! Todas parecen la misma: flacas, pintadas, oliendo á *demonios*, fumando, con unos sombreros que las tapan toda la cara y unos trajes que no son trajes, de unos colores que no son colores...

Recapitula un momento, y luego afirma convencido:

—No; todas son iguales, van vestidas igual, pintadas igual; todas parecen chicos afeminados.

Su alma entera de provinciano ha puesto un gran desdén en esas palabras. Recuerda las mujeres de *allá*—la Paz, la Pura, la Rosina—, inconfundibles, cada una rubia ó morena, con facciones claras, bien definidas, gestos propios...

Luego sigue:

—Además, aquí no se sabe cuál es una señorita decente y cuál una prójima—Dios dijo: «Ama á tu prójima como á ti mismo.»—Van iguales de todo.

Otra vez su natural recto se revuelve contra la ficción. Tal vez un obscuro atavismo le llevaría á ponerles una falda de picos pardos...

—Y después—reanuda—, ¡tan flacas! Allí las mujeres son muy mujeres, con formas...

Hace un gesto hiperbólico, mientras añora:

—Mira, ya ves esa que entra...

Miro, efectivamente. Margot. Bonita, ambigua, insexuada, casi andrógina, con su atavío de colegial y su boína que sombrea los grandes ojos de agua, vagos y profundos.

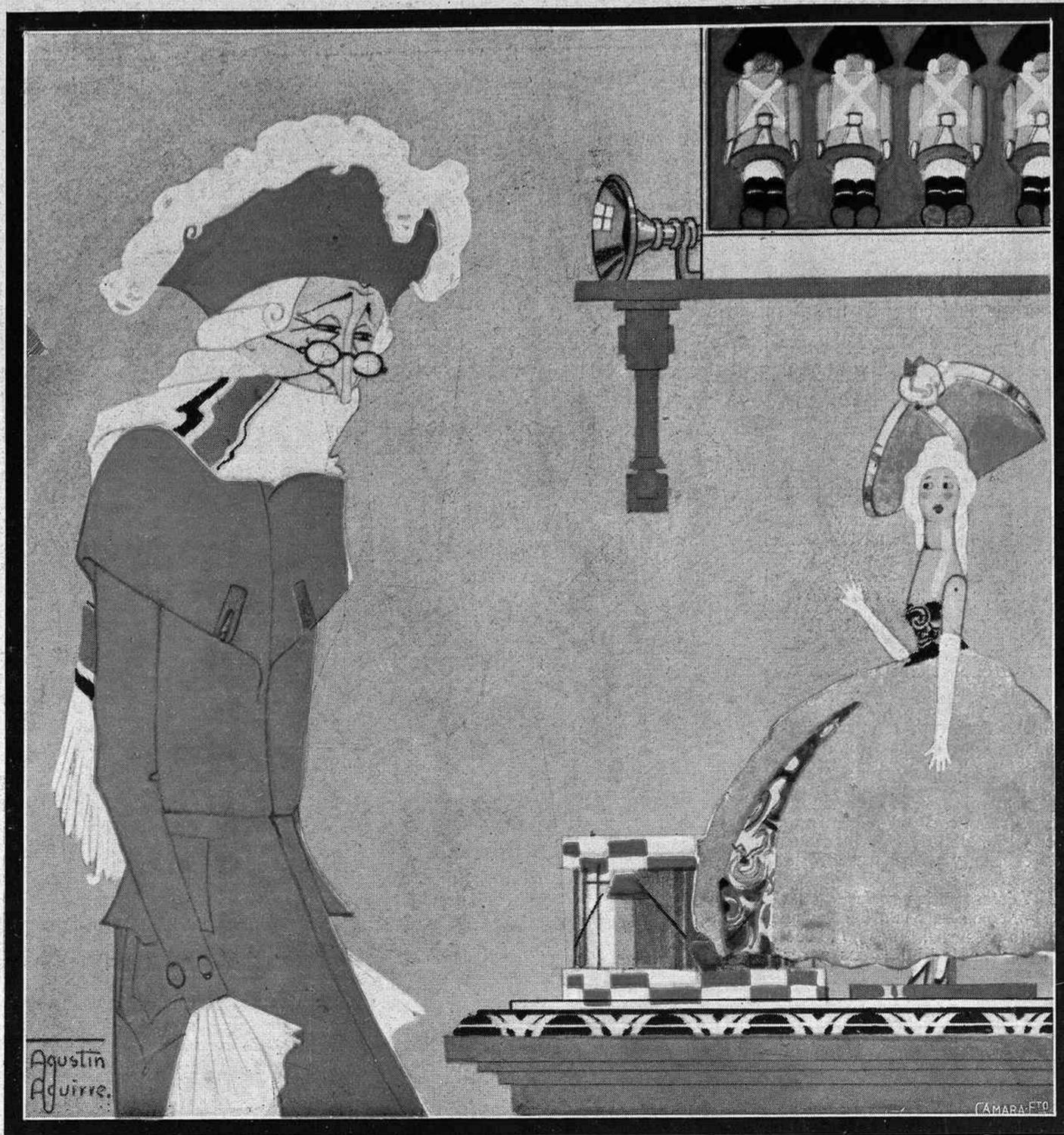
Se ha sentado y bebe una *japonaise*, mientras saborea el cigarrillo inglés. Tiene *allure* resuelta, pero mirándola bien se la ve frágil, caprichosa, liviana, infinitamente femenina. Claro que su femineidad no es la de las señoritas del valle de Pas que se dedican á la crianza, ni la de las camareras del «Nuevo Brillante»; pero tampoco fueron femeninas así Cleopatra y Salomé, y, sin embargo, Marco Antonio perdió la batalla y Herodés dió la cabeza del Bautista.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

DIBUJO DE TONO



# Los aguinaldos de la señorita Doucine



EL 1.º de Enero, por la mañana, el buen señor Chanterelle salió a pie de su hotel del barrio de San Marcelo. Estremecido por el frío, andaba con dificultad sobre la nieve que se derretía en las calles. Había dejado su carroza por instinto de mortificación, porque después de su enfermedad atendía más a la salud de su alma que a la de su cuerpo. Vivía alejado de las tertulias y de las amistades, y sólo visitaba a su sobrina, la señorita Doucine, que acababa de cumplir siete años.

Apoyado en su bastón llegó penosamente a la calle de San Honorato y entró en la tienda de la señora Pinsón, *La Cestilla Florida*, donde abundaban los juguetes infantiles, que serían los aguinaldos del año de gracia de 1696, y donde apenas era posible moverse entre tantos autómatas, bailarines y bebedores, pajarillos que cantan en la enramada, cajas llenas de figuras de cera, soldados con uniformes blancos y azules alineados en batalla, y muñecas vestidas, unas de señoras y otras de criadas, porque la desigualdad establecida por Dios en la condición humana aparece hasta en las figuras más inocentes.

El señor Chanterelle eligió una muñeca: la que más le agradó fue una vestida como la señora princesa de Saboya cuando llegó a Francia el 4 de Noviembre. Peinada con cocas y cintas, llevaba un corpiño muy ajustado, bordado en oro, y una falda de brocado, con una sobrefalda asida por prendidos de perlas.

El señor Chanterelle sonrió al pensar en el goce que aquella hermosa muñeca produciría a la señorita Doucine, y cuando la señora Pinsón le presentó a la princesa de Saboya envuelta en un papel de seda, un relámpago de sensualidad iluminó su agradable rostro, enflaquecido por el sufrimiento, palidecido por el ayuno, desfigurado por el miedo a las penas infernales.

Dió cortésmente las gracias a la señora Pinsón, se puso bajo el brazo el envoltorio y se fué, arrastrando los pies, hacia la casa donde sin duda la señorita Doucine le aguardaba desde que se despertó...

En la esquina de la calle del Arbol Seco encontró al señor Espón, cuya enorme nariz descendía hasta su chorrera de encaje.

—Buenos días, señor Espón—le dijo—; os deseo un feliz Año Nuevo, y pido a Dios que todo se os realice conforme a vuestro gusto.

—¡Oh, caballero!, no me habléis así—exclamó el señor Espón—. Con frecuencia, sólo para castigarnos, satisface Dios nuestros deseos. *Et tribuit eis petitionem eorum.*

—Es verdad—replicó el señor Chanterelle—que no sabemos diferenciar nuestra conveniencia verdadera. Donde me veis yo soy un ejemplo de lo que os digo. Al principio creí que mi enfermedad, abrumadora durante dos años, era un mal, y ahora me convengo de que ha sido un bien, puesto que me retiró de la vida abominable que me entretenía en espectáculos y en visiteos. Esta enfermedad, al debilitarme las pier-

nas y turbarme el cerebro, es una evidente prueba con que la Divina Bondad me favorece. ¿Seréis tan amable, caballero, que me acompañéis al Roule, adonde voy para llevar los aguinaldos a mi sobrina, la señorita Doucine?

Al oír estas palabras el señor Espón alzó los brazos y exclamó:

—¡Cómo! ¿Es el señor Chanterelle quien me habla? ¿No será más bien un libertino? ¿Es posible, caballero, que en una vida retirada y devota os lancéis de pronto a fomentar los vicios del siglo?

—¡Ay!—respondió el señor Chanterelle tembloroso—, yo apenas sé ya lo que hago; necesito que me iluminen. Decidme: ofrecerle una muñeca a la señorita Doucine, ¿es un grave mal?

—Sí; es un grave mal—adujo el señor Espón—. Lo que ofrecéis a esa criatura sencilla no debe llamarse una muñeca, sino un ídolo, una figura diabólica. ¿Ignoráis que la costumbre de los aguinaldos es una superstición culpable y un rastro odioso del paganismo?

—Lo ignoraba—dijo el señor Chanterelle.

—Sabed, pues—insistió el señor Espón—, que esta costumbre proviene de los romanos, los cuales veían algo de divino en todos los comienzos, y en consecuencia divinizaban el comienzo del año; de modo que obrar como ellos es hacerse idólatra como ellos. Vos, caballero, ofrecéis aguinaldos a imitación de los adoradores del dios Jano; seguid por ese camino y consagra, como ellos a Juno, el primer día de cada mes.



El señor Chanterelle, que apenas podía sostenerse, rogó al señor Espón que le permitiera apoyarse en su brazo mientras andaban, y el señor Espón continuó su discurso:

—¿Acaso porque los astrólogos fijaron el principio del año en el día 1.º de Enero os consideráis obligado á regalar en ese día? ¿Qué necesidad tenéis de reanimar en semejante fecha el afecto de vuestros amigos? ¿Por ventura dicho afecto expiraba con el año? Y, ¿lo estimaréis cuando lo hayáis reconquistado con halagos y funestos dones?

—Caballero—respondió el buen señor Chanterelle apoyado en el brazo del señor Espón y esforzándose por ajustar su paso vacilante al paso impetuoso de su amigo—, caballero: antes de mi enfermedad yo era un miserable pecador, y sólo me preocupaba de tratar á mis amigos con mucha cortesía y de ajustar mi conducta á los principios de la honradez y del honor. ¡La Providencia dignose librarme de aquel abismo! Desde mi conversión me gobiernó por las indicaciones de mi director espiritual; pero ha sido en mí una ligereza y una vanidad no interrogarle acerca de los aguinaldos. Lo que ahora me dijisteis, caballero, con la autoridad de un hombre tan excelente por sus costumbres como por su doctrina, me ha confundido.

—En efecto, voy á confundiros—prosiguió el señor Espón—, y voy también á iluminaros, no con mis propias luces, que son escasas, pero sí con las de un admirable doctor. Sentaos en esa piedra.

Después de haber acomodado lo mejor que pudo al señor Chanterelle sobre un guardacantón, el señor Espón sacó de su bolsillo un librito encuadernado en pergamino, lo abrió, lo hojeó y, después de hallar lo que buscaba, comenzó á leer en voz alta y ante un auditorio de deshollinadores, camareras y cocineros, atraídos por sus atronadoras voces:

«Nosotros, que sentimos horror por las fiestas de los judíos; que vemos con extrañeza sus sábados, sus lunas nuevas y otras solemnidades,

antes gratas á Dios, nos familiarizamos con las saturnales y calendas de Enero, con las matronales y las brumas; los aguinaldos se multiplican y los presentes vuelan con abundancia; en todas partes encontramos juegos y banquetes. Los paganos observaban mejor su religión, porque se libraban mucho de solemnizar ninguna de nuestras fiestas por temor á parecer cristianos, mientras que á nosotros nos agrada celebrar sus fiestas y no tememos parecer paganos.»

—Ya lo habéis oído—añadió el señor Espón—: es Tertuliano quien habla de este modo, y desde el fondo del Africa os muestra, caballero, la indignidad de vuestra conducta. Ved qué os dice: «Los aguinaldos se multiplican y los presentes vuelan con abundancia; solemnizáis las fiestas de los paganos.» No tengo el honor de conocer á vuestro director espiritual, pero me horroriza pensar en el abandono en que os tiene. ¿Estáis por lo menos seguro de que el día de vuestra muerte, cuando os corresponda aparecer ante el tribunal de Dios, se hallará á vuestro lado dispuesto á tomar para sí los pecados que habéis cometido por su abandono?

Con estas palabras, y después de guardar el libro en su bolsillo, se fué irritado y violento; los deshollinadores, las camareras y los cocineros le seguían de lejos con asombro.

El bondadoso señor Chanterelle quedó solo sobre la piedra, con la princesa de Saboya; y temeroso de exponerse á las penas del Infierno por haber regalado una muñeca á la señorita Doucine, meditaba los misterios insondables de la religión.

Sus piernas, inseguras desde algunos meses atrás, se negaron á sostenerle, y sintiose todo lo desdichado que puede ser en este mundo un hombre de buena voluntad.

Llevaba ya bastante rato hundido en su abrumadora tristeza, cuando un Capuchino se le acercó y le dijo:

—Caballero: ¿seríais bastante caritativo para dar aguinaldos, por el amor de Dios, á los hermanitos que son pobres?

—¡Oh! ¡Cómo, padre mío!—replicó vivamente el señor Chanterelle—. ¿Sóis un religioso y me pedís aguinaldos?

—Caballero—respondió el Capuchino—, el buen San Francisco se propuso que sus hijos se complacieran en la sencillez. Dad á los Capuchinos lo bastante para que coman bien en este día, lo cual les ayudará á sufrir con resignación la abstinencia y el ayuno todo el resto del año, menos los domingos y fiestas de guardar, naturalmente.

El señor Chanterelle miró al fraile, muy extrañado.

—¿No teméis, padre mío, que la costumbre de los aguinaldos sea funesta para las almas?

—No, yo no lo temo.

—Esta costumbre proviene de los paganos.

—También tenían los paganos costumbres buenas, porque Dios permitió que alguna luz divina desvaneciese las tinieblas de los gentiles. Caballero, si nos negáis el aguinaldo, no se lo neguéis por lo menos á nuestros pobres niños. Nosotros recogemos á los niños abandonados; con un escudo que me diérais yo compraría á cada uno un molinito de papel y un bizcocho; os deberían un placer que acaso fuera el único de su vida, porque no están predestinados á gozar sobre la tierra; su sonrisa llegaría, sin duda, hasta el cielo, pues cuando ríen los niños alaban al Señor.

El señor Chanterelle sacó su bolsa, bastante repleta de oro, se la entregó al frailecito, y levantándose de la piedra en que se hallaba sentado, repitió entre dientes la frase que acababa de oír:

—Cuando los niños ríen alaban al Señor.

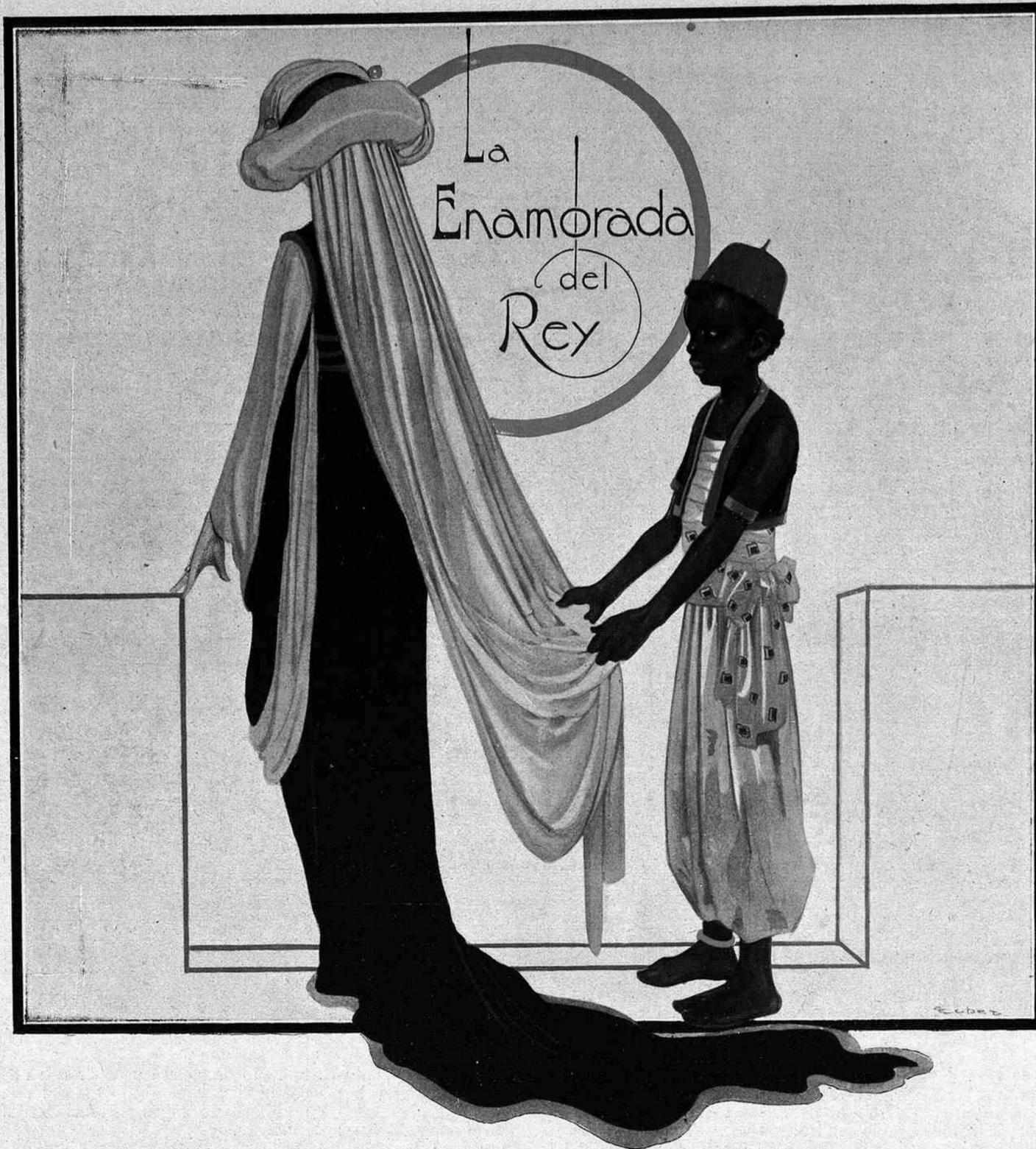
Luego, con el alma serena y el paso firme, se fué á llevar la princesa de Saboya á la señorita Doucine, su sobrina.

ANATOLE FRANCE

(Traducción de Luis RUIZ CONTRERAS.)

DIBUJOS DE AGUIRRE

## PÁGINAS POÉTICAS



Sola llora sus pesares,  
apoyada en una almena,  
la hermosa Raquel, que gracia  
ante el Rey hallar espera.

Ella de valor se juzga,  
ella de hermosa se precia,  
y no ve quien en la corte  
digno de su mano sea.

Sólo un galán puede darle  
sangre noble, rica hacienda,  
porque otro no ven sus ojos  
que á sus dotes le convenga.

Mas él, aunque enamorado,  
su blanca mano no acepta,  
que quien está sobre un trono  
no abate así su nobleza.

¡Aguila muy encumbrada  
es aquél que ella quisiera,  
pero de alas carece  
para que alcanzarlo pueda!

Ella es de sangre judía,  
cual la pez, obscura y negra,  
que corre, aunque delicada,  
por sus delicadas venas.

Su padre fué cortesano,  
médico de cabecera  
de un Monarca de Castilla,  
á quien sirvió con su ciencia;  
y ganó grandés tesoros  
y obtuvo grandes riquezas,

y fué muy diestro en su arte  
y muy docto en la manera  
(según circunstancia y tiempo,  
ó según la conveniencia)  
de dar á su Rey la vida...  
ó darle muerte secreta.

De pronto se alzan sus ojos  
y se clavan en la vega,  
do entre poivorienta nube,  
que de la tierra se eleva,  
no sé si ve un Océano,  
en cuyas olas se anega,  
ó un vivo y ardiente fuego,  
en cuyas llamas se quema.

Porque visto ha tres ginetes  
en hermosas jacas negras,  
de blanco albornoz cubiertos,  
que ya al alcázar se acercan;  
y algo el corazón le dice  
que hablar no puede la lengua,  
ni expresarse con palabras,  
pues grande misterio encierra.

Era el uno alto y bizarro,  
caminante á la derecha  
del más gallardo y apuesto,  
del que lleva en la cabeza  
un vistoso airón de plumas,  
piel muy fina, aunque morena,  
y no porque el sol tostase  
lo que es natural en ella.

Ojos negros y rasgados,  
con muy extendidas cejas,  
labios frescos, y la boca  
sonriente y entreabierta.

De bello ropón bordado  
de oro y plata, en roja seda,  
más abajo de las nalgas  
va su jaquilla cubierta,  
mostrando tal gallardía  
y gracia al mover las piernas,  
cual si la real majestad  
que lleva en sí conociera.

El tercero era un esclavo  
que caminaba á su izquierda,  
negro como maldición,  
mas no de mala presencia,  
ni sin arte, buena mano,  
sabio además y destreza  
en refrenar de su jaca  
inclinaciones no buenas.

Al alcázar ya llegaban  
cuando se echó la visera  
el de enmedio, que no es otro  
que el Rey que manda y gobierna.

Y alzando arriba su frente,  
vió á Raquel junto á la almena,  
y con voz dulce la dijo:  
«¡Guárdete el cielo, doncella!»  
«El os guarde á vos también»,  
cual si no le conociera,

llena de amor y ternura,  
suspirando añadió ella.

—«Estáis triste—dijo el Rey—,  
y en vuestro rostro se muestran  
de amargo llanto y dolor  
profundo patentes huellas.

¿Qué os sucede y acongoja?,  
decidme, que sois tan bella,  
que si alguno os hizo mal,  
¡vive Dios!, que no me arredra  
su valor, para arrancarle  
cien mil vidas que tuviera  
y dividir en pedazos  
su quebrantada cabeza.

Que esta daga aguda y fina,  
en que el sol su luz refleja,  
lleno de despecho y brío,  
en sus entrañas metiera.»

Entonces, con voz ahogada,  
sollozando, dijo ella:  
«Señor, ya que me obligáis,  
metedla vos en las vuestras,  
que en estos reinos y estados,  
por muy raro que os parezca,  
no hay otras que me maltraten...  
¡No hay otras que lo merezcan!»

ENRIQUE GOSÁLBEZ BERMEJO  
Pozoblanco (Córdoba).

DIBUJO DE ECHEA

LA ESFERA  
MARRUECOS PINTORESCO



Un puesto de alfarería

## EL ZOCO DE TETUÁN

EN la explanada que se extiende á continuación del moderno barrio formado por el ensanche de la ciudad, se celebra el zoco, pintoresco cuadro de la vida marroquí, al que presta singular encanto el soberbio fondo de montaña sobre el que se destaca la abigarrada muchedumbre de moros, judíos y cristianos de extrañas y variadas indumentarias que, con su riqueza de color, dan á la escena un alto valor pictórico.

Es, además, barómetro de nuestra situación. Si venden muchos moros, señal de tranquilidad en el interior. Si no venden, peligro de próximos ataques.

El curioso europeo que por primera vez ve un zoco, si es algo artista, sentirá en cada momento atraída su mirada por un grupo de maravillosa composición que al punto se deshace para formarse otro más bello y otro y otro y muchos más que se suceden rápidamente hasta que el visitante no sabe dónde posar su vista para gozar de tan espontáneas y bellísimas agrupaciones de figuras.

Y observa los vendedores, formidables tipos de moros montañeses que vienen con su carga de carbón hecho en el monte. Vendedores de cal que exponen en fragmentos; alfareros con los productos de su industria primitiva; moritas con sus cuévanos de higos chumbos, que ofrecen al comprador, preparándoselos; viejas que traen un cargujo de hierba ó de leña desde lejanos aduares, y otras que aún de más lejos vienen con la inverosímil mercan-

cia de tres huevos y un celemín de cebada. Todos los productos que constituyen la riqueza de las cabilas, bien escasa si por ellos ha de juzgarse.

Al zoco suelen también acudir el Tbib, especie de cirujano que chupa la sangre de los enfermos, y el encantador de serpientes, que hace con ellas ejercicios que suspenden el ánimo de la sencilla multitud que los presencia, viendo cómo se las enrolla por brazos y cuello y se deja picar en la lengua, mientras unas músicas de gaitas y tambor, música orfeica, amansa la fiera de los terribles ofidios.

Preséntase á veces en el zoco el narrador de cuentos, que llama la atención de los moros campesinos haciendo los más extravagantes gestos, gritando al compás de un pandero hasta que logra formar nutrido corro. Entonces da comienzo á sus narraciones, que el público escucha embobado, y que siempre son las mismas: los cuentos de las mil y una noches.

Lograda en el auditorio la emoción artística, el narrador aprovecha la propicia disposición de sus oyentes para hacerles aflojar la bolsa y pagar el trabajo del que «estar sabio por ganar dinero», como ellos dicen, finalidad común á casi todos los del noble gremio.

Con esto y presenciar los contratos entre moros que hablan cuatro palabras castellanas y españolas que conocen tres del árabe más vulgar, resultando las más pintorescas conversaciones, y ver al astuto hebreo que se lleva al vendedor moro engañado para sacarle la mercancía poco menos que de balde, y recibir achuchones de un lado y golpes de las cargadas caballerías por otro, y mezclarse entre moras viejas y andrajosas y graciosos judíos, el europeo vuelve á su hotel con una interesante impresión de vida mora y un picorcillo molesto que desaparece fácilmente con un baño y cambiarse de ropa. ¡No es nada! Cosas de la vida árabe y recuerdos que suele dejar lo pintoresco.



Una transacción en el zoco de Tetuán

L. ALONSO

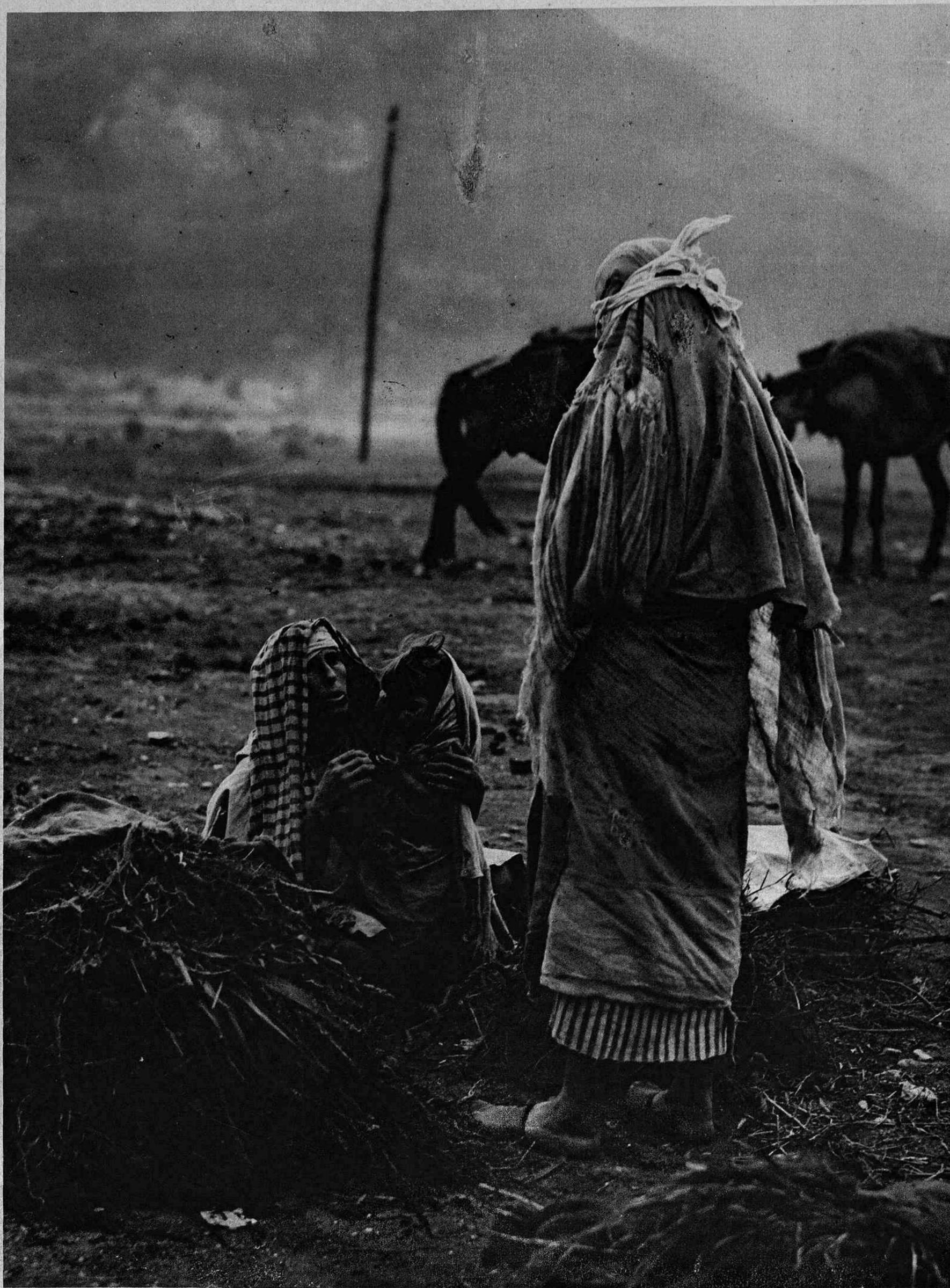


PINTORESCO ASPECTO QUE OFRECE EL ZOCO DE TETUÁN

Fot. Alonso

LA ESFERA

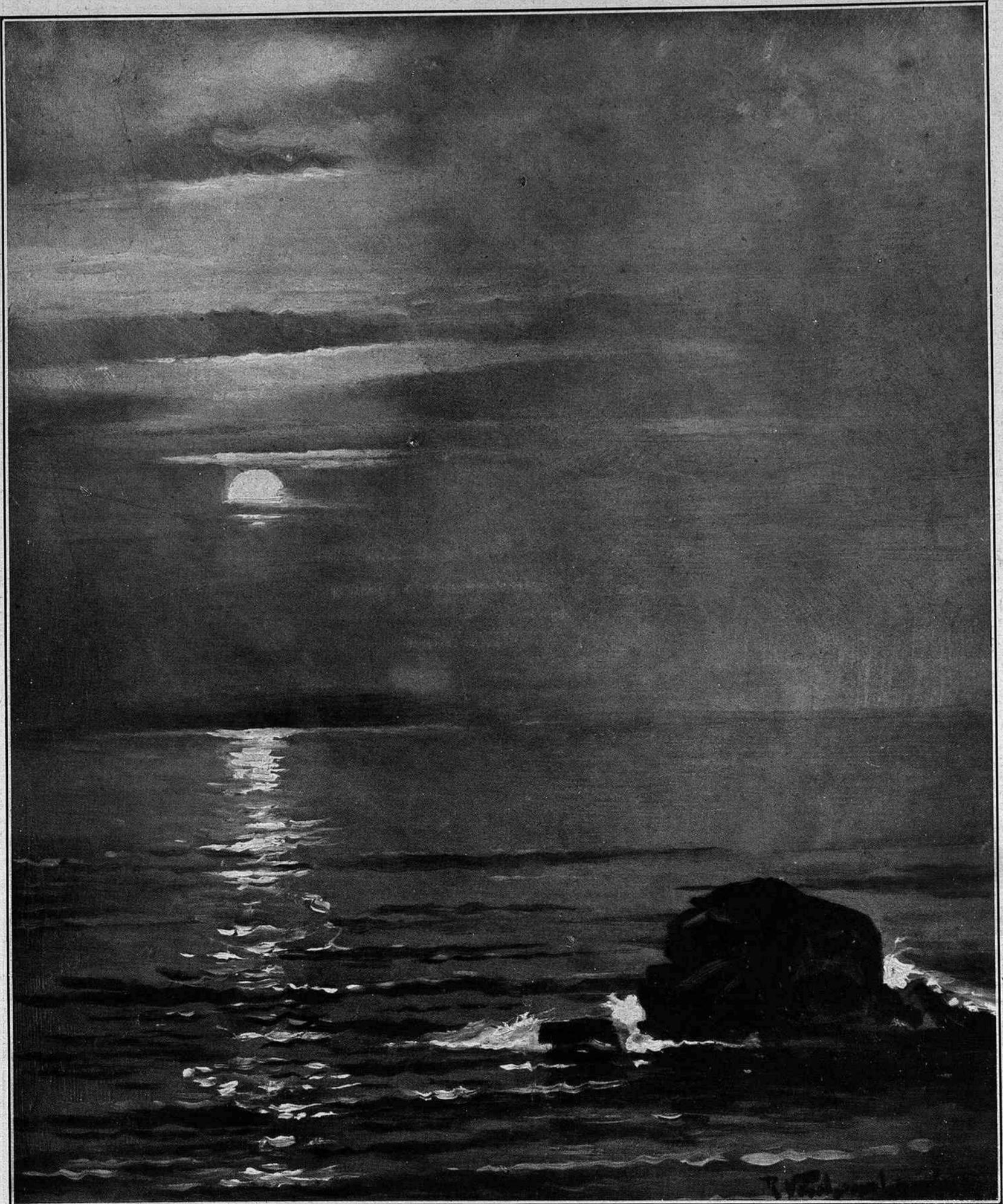
# TIPOS DE MARRUECOS



VENDEDORAS DE LEÑA EN EL ZOCO DE TETUÁN

Fot. Alfonso

# NOCTURNO



Luna pálida, luna silenciosa,  
flor de luz, melancólico incensario,  
pareces una "Mater Dolorosa"  
que lloras las espinas del Calvario...  
¡Luna pálida, luna silenciosa!

Dame un beso de amor, ¡oh, blanco lirio!,  
cuando duerma en la noche de mi fosa;  
ilumina mi tumba como un cirio,  
flor de paz en la noche misteriosa...  
¡Dame un beso de luz, amado lirio!

Una virgen que anhela ser esposa,  
en el cielo eres lámpara votiva,  
estrella que florece como rosa,

pareces una lágrima furtiva...  
¡Oh, la virgen que anhela ser esposa!

Un cisne que agoniza en la ribera,  
una Ofelia romántica y hermosa,  
un ensueño inmortal de primavera,  
una Venus que se alza como diosa...  
¡Un cisne que agoniza en la ribera!

Hermana del cansado peregrino,  
lo sigues, ¡oh, doliente mariposa!,  
y en la muda tristeza del camino  
florece tu sonrisa luminosa...

¡Hermana del cansado peregrino!  
El mar es un romántico poeta

que delira en la noche tenebrosa;  
el mar es un pintor, y en su paleta  
resplandece tu imagen angustiosa...  
¡El mar es un romántico poeta!

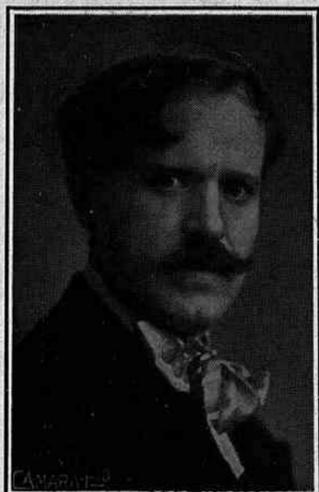
Luna pálida, luna silenciosa,  
flor de luz, melancólico incensario,  
pareces una "Mater Dolorosa"  
que llora las espinas del Calvario...  
¡Luna pálida, luna silenciosa!

Mario PANTOJA  
(Chileno)

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

UN ARTISTA  
DE LA FOTOGRAFÍA

# JUAN VILATOBÁ



JUAN VILATOBÁ

En el Salón del Círculo de Bellas Artes, propicio y asequible á todo el que tenga algo interesante que decir en nombre de la belleza, ha expuesto Juan Vilatobá una colección de admirables fotografías.

Considerables de mérito y dimensiones — algunas medían más de dos metros—, estas fotografías alejaban del contemplador la idea de mecanismo, de esa impersonali-

dad emocional que podía atribuirse antes al objetivo fotográfico, de esa mirada de una máquina sobre la Naturaleza.

No. Las obras de Vilatobá se escapan del estrecho dominio del oficio para moverse dentro de la amplia libertad del arte. Incluso adquieren cualidades de modelado, de claroscuro, que hacen pensar en la escultura, en la pintura, en el grabado.

Estamos, por lo tanto, en presencia de un verdadero artista, capaz de comprender la belleza y de interpretarla á través de su temperamento, excepcionalmente dotado.

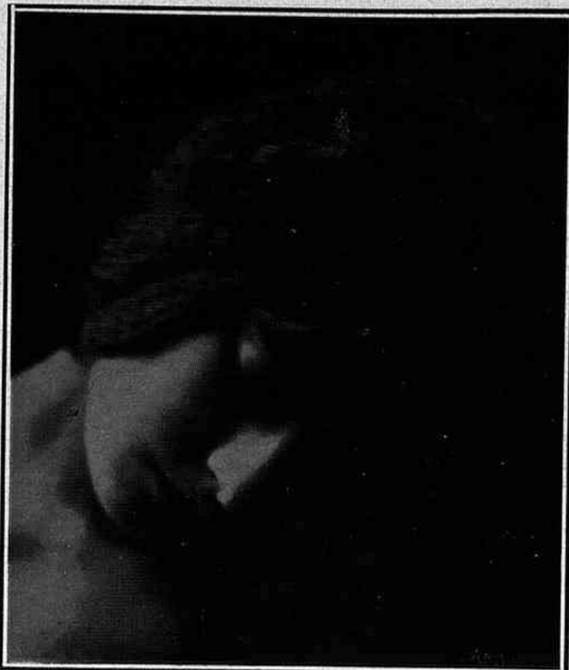
La ESFERA, que procura siempre ser aliento, portavoz y espejo de cuanto significa arte en España, concedió desde el primer número parte de sus páginas á la fotografía. Por medio de la fotografía va nuestra Patria maravillosa desfilando con sus paisajes, con sus ciudades, con sus monumentos de un valor inestimable. Artistas españoles y extranjeros rivalizan en esta

sagración madrileña, Vilatobá ha obtenido legítimas recompensas en todo Cataluña, su tierra natal, y ha extendido su nombre más allá de las fronteras: á Francia, á Inglaterra, á Alemania. Ahora Madrid le acogió como se merece, en el local del Círculo de Bellas Artes, que representa dignamente lo que su título promete.

□□□

Juan Vilatobá exponía sesenta y tres obras. De figura, las menos; de paisaje, las más.

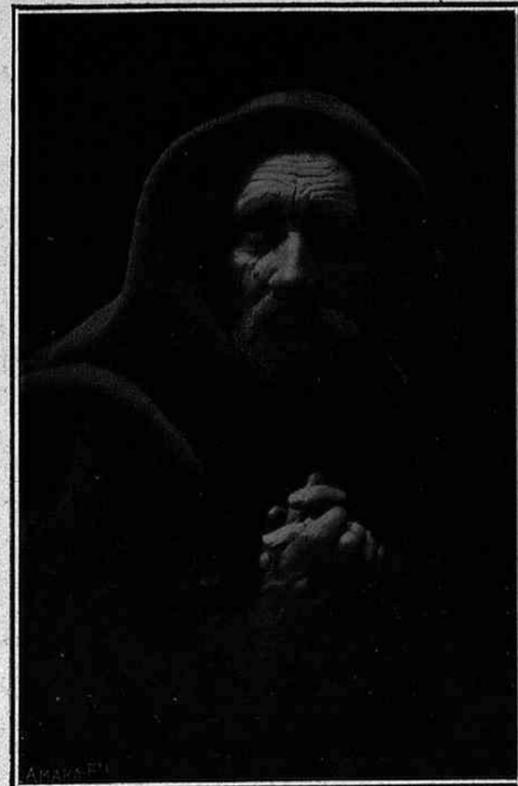
Tanto en unas como en otras, lo que resalta en seguida es el buen gusto para la elección de



"Melancolía"

temas, la habilidad para la disposición de luces y la euritmia de la composición. Después culminan esas tres cualidades positivas en la potencialidad sentimental que les informa. Vilatobá es un temperamento tan sutil, una sensibilidad tan aguda y refinada, que comunica la íntima vibración espiritual á su arte.

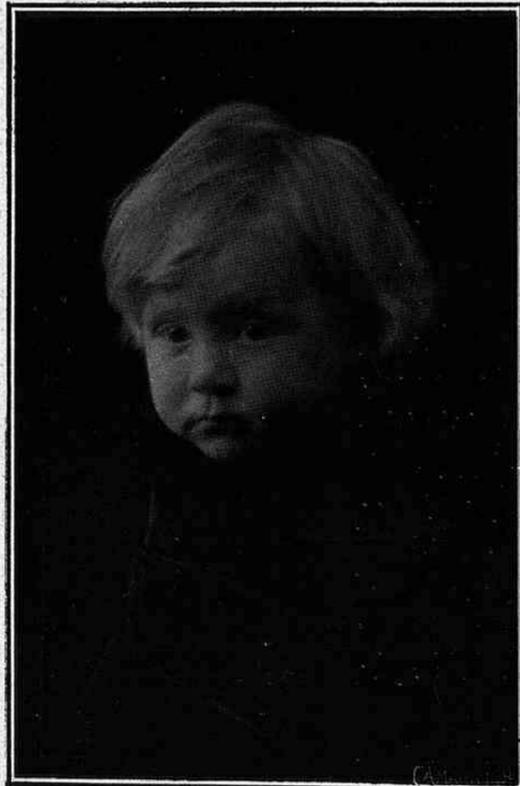
Es preciso, por lo tanto, repetir la semejanza sensitiva con poemas y la semejanza casi técnica



"El asceta"

con el grabado y la pintura de estas amplias láminas donde Vilatobá fué fijando rostros y paisajes... y glosando versos. Porque no limita su inspiración al mundo tangible, sino al otro del ensueño. No coloca su alma y su aparato frente al documento humano ó la naturaleza elocuente, sino que refleja el espíritu de los poetas. Así, entre sus figuras y paisajes había estrofas de Rubén Darío, de Emilio Carrère, de Ardevín.

Y además el misterio conquistado de la luz. «Sale el artista de su taller—dice Roberto de la Sizeranne en su ensayo *¿La photographie est-elle un art?*—, cae la luz sobre las pruebas, y en seguida se nota todo lo que en ellas ha puesto el hombre de sí mismo. Ya no es hija del azar y de la materia. El espíritu ha hecho más que la materia, la voluntad más que el azar. Han colaborado la inteligencia y el corazón, y si por



"Granito de anís"

simpática tarea de revelación de nuestra enorme riqueza natural y artística. Y no de una manera fría, estadística, de empleado que inventaría y anota, sino cálida, palpitante, con la emoción fecunda de los poetas y la visión viva de los pintores.

Ahora Juan Vilatobá viene á reclamar puesto de vanguardia entre el grupo ya nutrido de los artistas fotógrafos. Antes de la definitiva con-



"Rincón de Cerdeña"



“La primera dolencia”

ello pudo haber error ó locura, también puede haber verdad y amor. ¿Cómo hemos de llamar entonces á esta bella imagen producto de tal colaboración? ¿Hemos de no llamarla obra de arte, porque el vocabulario la da el nombre de fotografía en lugar de calificarla litografía ó sanguina, y porque el artista, en vez de tener entre los dedos un pedacito de madera carbonizada, manejó un rayo de sol?»

Este «rayo de sol» está manejado diestramente por Vilatobá en sus paisajes. Horas y sitios elegidos con habilidad y con emoción sugieren diversas sensaciones. Este *Rincón de Cerdeña*, que tiene el valor vigoroso de un Zuloaga, de aquel fondo de *La del loro azul*, por ejemplo. *La majestad del silencio*, que evoca un Rusñol de la buena época; y esta *Primavera*, donde adivinamos las embriagueces cromáticas de un Mir, y aquel otro amanecer en lo profundo del bosque, que hubiera hecho brincar el alma de silencio dulce que tenía el viejo Corot.

Luego completa este panteísmo desbordado y sublime de los paisajes el realismo castizo de los retratos. Se nota que Vilatobá ha estudiado los grandes maestros del retrato pictórico: Velázquez, Goya, Franz Hals.

Enérgicos, valientes, con una palpitación

de vida extraordinaria, sus rostros de gitana, de viejos ascéticos, de campesinos socarrones, de mujeres para la tragedia clásica, tienen una elocuencia fisonómica.

¡Bien suyas podía hacer Juan Vilatobá, al pie de estos retratos, unas palabras de la señora Camerón, que tan alto renombre adquirió en la fotografía artística á fines del siglo xix!

Decía la ilustre inglesa en sus *Annals of my glass-house*: «Cuando tenía frente á mi aparato hombres como aquél (Carlyle), toda mi alma se esforzaba en colmar su deber con el modelo, procurando retratar fielmente la grandeza del hombre interior, tanto como los rasgos del hombre exterior. Tomada de este modo la fotografía era casi la personificación de una plegaria.»

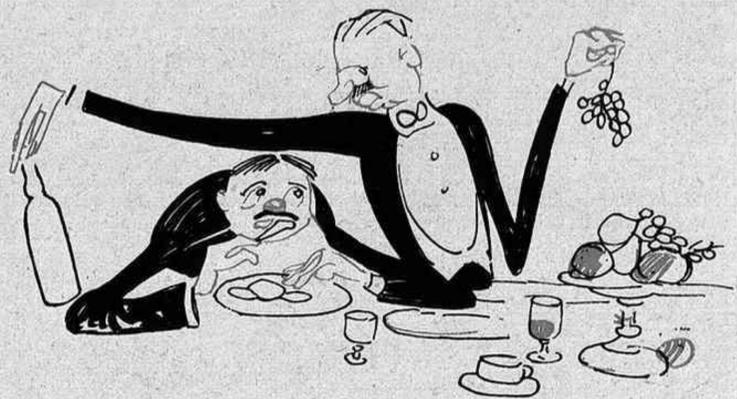
Así, como oraciones, como plegarias, exaltan la figura humana y los espectáculos fugitivos de la tierra y del cielo estas obras apasionadas, que ahondan en la sensibilidad y que además tienen todos los valores del agua fuerte y la riqueza del cuadro de Vilatobá.

«Han escogido—volvemos á copiar de Roberto de la Sizeranne—no las horas soleadas en que se ve todo, sino aquéllas vecinas del crepúsculo, en que las cosas se dejan adivinar. Recuerdan que en arte es un error querer definirlo todo, porque ante una cosa definida no le resta nada que hacer á la imaginación. Por el contrario, lo indefinido es el camino de lo infinito. Tal valle, tal costa, tal trozo de mar, que son vulgares si se ven con todos sus contornos, se transforman, medio velados por la bruma, en algo tanto más deseable por menos poseído, y curioso por menos conocido...»



“La majestad del silencio”

# CRÍTICA CÓMICA DEL SÉR HUMANO



**N**OSOTROS creemos sinceramente que el hombre anda porque tiene piernas y no que tiene piernas para andar.

Es decir, que no creemos en las causas finales. Y no creyendo en las causas finales se sobreentiende que no creemos en la sabiduría de la Naturaleza.

La Naturaleza nos parece torpe, caprichosa, ininteligente y brutal.

Estamos decididos a criticar a la Naturaleza, y pase lo que pase.

Su obra maestra, según los doctos, es el sér humano. Pues criticaremos al sér humano, no ya en el orden moral, donde todos estamos conformes en que es imperfecto, sino en el orden fisi-

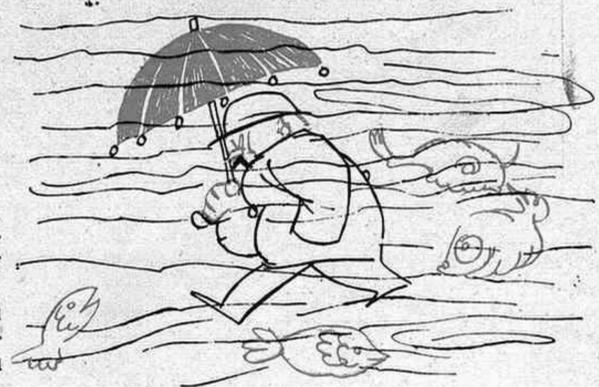
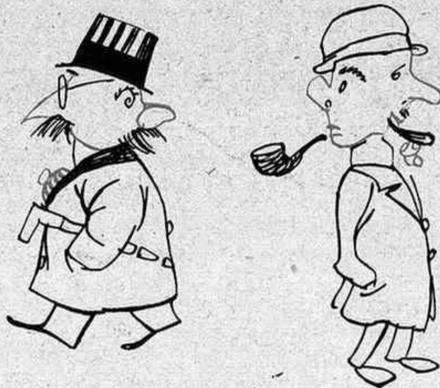
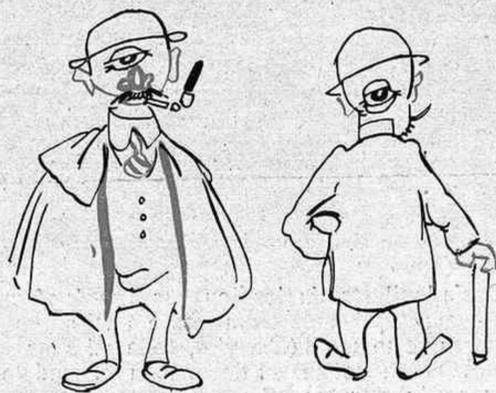
occipicio, lo que le preservaría de tantos peligros.

Así como protestamos de los dos ojos en una misma dirección, protestamos de todos los órganos dobles. Habiéndose demostrado que puede vivirse con un riñón ó un pulmón nada más, esa

En general, es una asombrosa torpeza, ó una incalificable impiedad de la madre Natura, que el hombre no nazca facultado para vivir, para subsistir, mejor dicho, y que se vea en la precisión de vestirse, tocarse y calzarse. ¡Oh! ¡Y cómo se reducirían en seguida los modernos problemas sociales, si así no fuera!...

La optimista creencia de que el hombre nació en un tiempo con facultades para vivir «á cuerpo limpio» y que luego su decadencia física le ha llevado al necesario uso del sombrero, el traje y las botas, es una hipótesis tan gratuita como la entrada á los museos.

¿Quién ha visto esa especie de hombres? Y en último caso, ¿qué nos importa el pasado? «El



co, por el que no ha recibido hasta ahora más que alabanzas.

Y he aquí que salta un dato de la insensatez de las gentes: cuando se habla de los factores morales del hombre se dice: «¡Qué malo es el hombre.» Y cuando se habla de sus factores físicos se dice: «¡Cuán sabia es la Naturaleza!...» Como si unos y otros no fuesen obra de ésta misma.

Vamos, pues, á criticar aquello por lo que se exclama: «¡Cuán sabia es la Naturaleza!», ya que lo otro, la maldad, el egoísmo y los vicios del sér humano se le achacan á éste, como si él tuviese la culpa de ser tal cual ha sido hecho. Comencemos.

El defecto más importante del sér humano es que no tiene la cabeza giratoria. Para ver lo que hay ó lo que sucede á su espalda ha de volverse todo él; esto, que ya implica una molestia superflua, es una necesidad retardataria que pone al hombre á merced de un enemigo rápido ó silencioso. La cabeza del hombre debiera poder volverse por completo á la izquierda ó á la derecha, y de no ser así, es indignante el hecho de que tenga dos ojos en una misma dirección, cuando bastaba uno sólo, y no tenga ninguno en el

dualidad orgánica no nos sirve como no sea para duplicar las probabilidades de afecciones ó accidentes y, en caso de enfermedad, para sufrir por dos y fallecer por menos de nada.

Puestos en todo, si los órganos dobles fuesen ventajosos, la nariz, y con la nariz todos los órganos sencillos, debieran levantarse contra esa inferioridad en que se les coloca.

Otra de las redundancias en el sér humano son los dedos de los miembros abdominales, que parecen creados con el único y sindicalista objeto de dar de comer á los pedicuros.

Por el contrario, en lo que se refiere á los miembros torácicos, los dedos de las manos nos

pasado no nos pertenece», que dijo no sé quién. El presente, sí. Y al presente, el hombre no nace organizado para vivir sin la colaboración de los sastres. Esto es una vergüenza.

Pero quizá la imperfección más grave que advertimos en el sér humano sea la de que no es anfibio. El hombre debiera ser anfibio. Eso de que si se cae al agua se ahogue nos parece el colmo de la imprevisión por parte de la Naturaleza. Tanto más, cuanto que el mundo es más bien líquido que sólido.

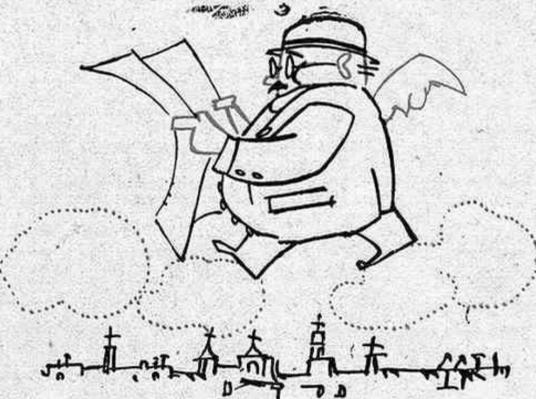
Hay quien, sobre ser anfibio, quisiera ser volátil. ¿Para qué? Volar no es una necesidad; es más bien un sport y un recurso guerrero. Aquí tratamos de lo fundamentalmente preciso.

Para caminar por el aire ya tiene los aeroplanos, así como para transportarse por la tierra tiene los carrillos.

Imparcialidad ante todo. Y aquí damos fin á la crítica del sér humano. Ahora, la Naturaleza tiene la palabra... Nos consta que el trueno es su voz; pero, aun siendo así, la suplicamos que hable y que se justifique. Nos encomendaremos á Santa Bárbara.

FERNANDO LUQUE

DIBUJOS DE ROBLADANO



parecen pocos; las personas que cuentan con los dedos apenas si pueden enterarse de nada.

Además, los brazos debieran ser mucho más largos y con esa facultad de distenderse que tienen los pescuezos de ciertas aves gallináceas. Esto sería de una gran utilidad para los burócratas y nos evitaría en los banquetes el molestar y sonreír á los comensales vecinos, dirigiéndoles reiterados ruegos para que nos acerquen las botellas y los entremeses distantes.

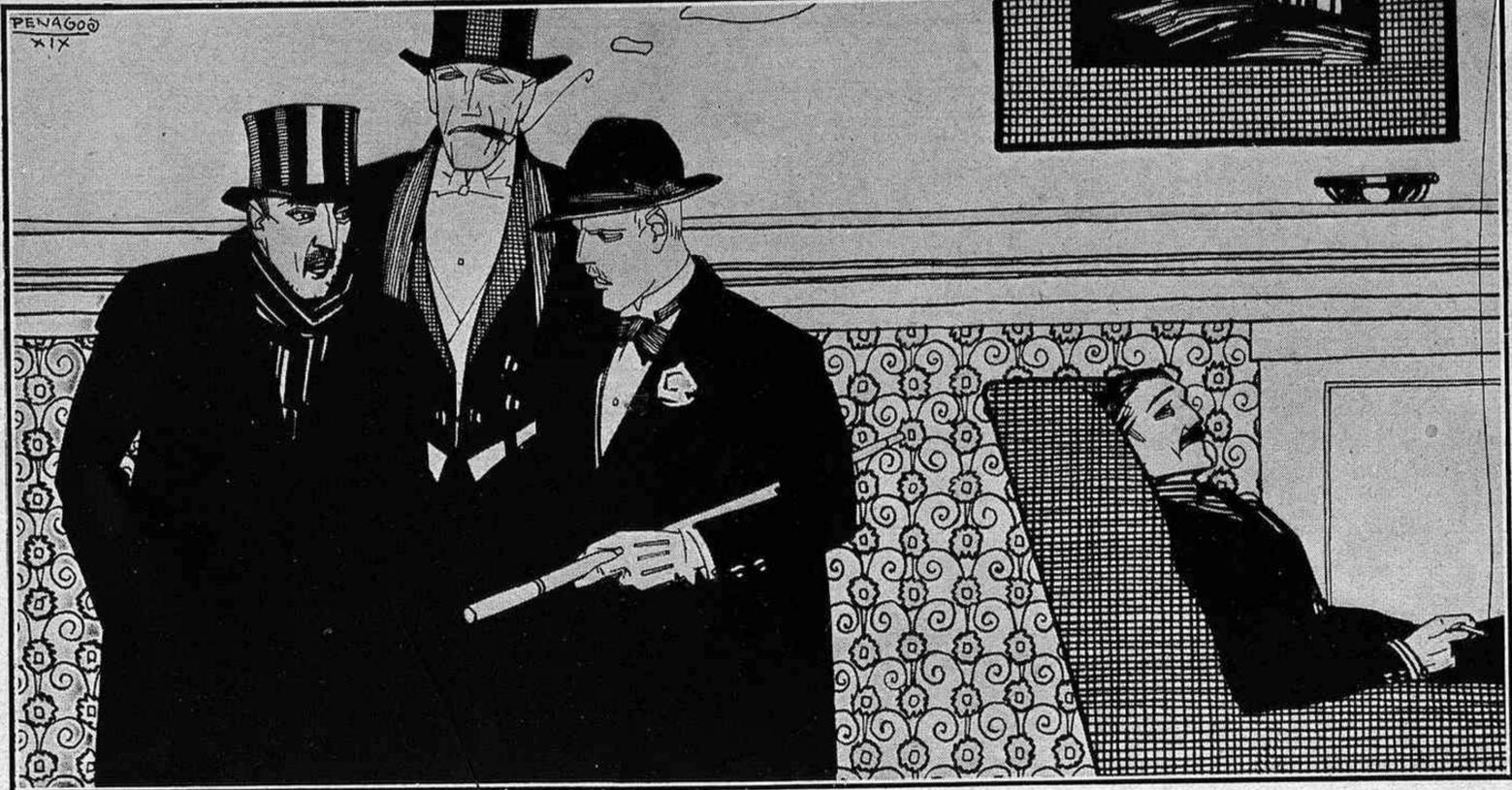
El hombre debiera descansar en pie, como los animales. Se ahorraría una gran cantidad de pesetas en su mobiliario y otra gran cantidad de fórmulas de cortesía.

Los cabellos sobran en el sér humano. No se nos aduzca que sirven para abrigar la cabeza. Entonces sobran los sombreros. ¿Que éstos no abrigan lo suficiente? Pues que se decida la Naturaleza y que cree, ó hombres con bastantes cabellos para no sentir los rigores de la intemperie, ó hombres con sombreros lo necesariamente peludos para el mismo fin.



—LOS—  
CASINOS

# EL ELEMENTO JOVEN



*L'ame se pose sur les chefs-d'œuvre. Nous n'avons une âme que pour cela.*  
RODIN

DESDE que el elemento joven del Casino *Libero-Conserva-Reformador* — que así se llama el tal Casino — echó á rodar la Junta inmovible que desde el 85 manejaba á su antojo el Casino Primitivo — que así se llamaba antes el tal Casino —, han sucedido en los espléndidos salones del gigante edificio las cosas más admirables. Sentemos, en primer lugar, que antes no sucedía nada. El año 1885 el cólera mató á todos los socios del Casino, menos al médico, y desde entonces, sólo había ocurrido que no había ocurrido nada. En vano los acontecimientos nacionales, los asuntos de la región, los mismos hechos de la ciudad habían llamado á aquellas puertas; dentro de ellas estaba prohibido jugar, estaba prohibido leer, estaba prohibido hablar de religión, de política, de problemas sociales y de los sucesos urbanos; únicamente se podía beber, escupir en el suelo, cantar *Marina*, y quejarse cuando algún socio miope pisaba á otro socio un callo. Pero los tiempos no en balde transcurren, y ahora el Casino era otra cosa muy diferente. Un día el elemento joven se sublevó, y el nefando pronunciamiento arrastró lo viejo al desván. Cuando yo entré en el Casino, había un letrado enorme que decía: *En este Casino está permitido todo*. Las escupideras en sus tripodes, á la altura de los ojos, recogían amorosamente vuestras babas; una legión de domésticos, con hebilla en los zapatos y medias encarnadas, os traía á la diminuta mesa de corazón de pino laricio lo que pidierais: la última revista ibera ó china, el último libro, la bebida de moda, el recado familiar, la esquelita íntima, la confianza del correligionario ó la orden del cacique... Se podía hablar de todo con tal de que se hiciera... daño á alguien. Si durante una juerga rompíais á tiros la luna de un espejo, un mancebo acaramelado, de labios perversamente fruncidos por risa sardónica, os traía en una bandeja la cuenta del cristal, del azogue, del trabajo á realizar en su reposición, más cinco veces el valor de la luna; adorable cuota de entrada que pagabais al ingresar á la fuerza en la peña de los lunáticos. Y todo esto había sido obra y gracia del elemento joven. ¡Oh, el elemento joven del Casino *Libero-Conserva-Reformador*!... Antes, para ser recibido socio, precisabais ser presentado por un banquero, un cura, un potentado y una autoridad, amén de ir acompañados de la fe de bautismo, último recibo de la contribución, papeleta última del párroco garantizando el cumplimiento pascual, y certificación de buena conducta expedida por el alcalde y legalizada ante notario. Ahora, ser socio consistía en que-

rer ser socio y nada más que en querer ser socio. El elemento joven os recibía con lágrimas en los ojos; no necesitabais destripar un billete para avanzar cantidad alguna, y cuanto más sinvergüencería llevarais en los ojos, mayor regocijo causaba al Casino vuestra presencia. ¡Qué cambio, qué profunda metamorfosis!... El edificio antiguo, un caserón de antipática traza severísima, había ido á parar á un contratista en capítulo de materiales de derribo. Todo era allí nuevo; todo resplandecía en el Casino actual. Los planos, firmados por cinco arquitectos en comandita — tal y como es moda hoy hacer un edificio —, fueron expuestos durante un mes á la pública estupefacción. Ahí es poco la casona vieja transformada en un edificio de cinco pisos, con tres chaflanes, dos torreones con un faro cada uno en la punta, cuatro terrazas veraniegas y patios innumerables para la invernada. En las acuarelas de los planos la gente contemplaba boquiabierta aquellos faros arrojando masas de luz sobre el infinito; aquellos ventanales gigantes como arcos de iglesia que cegaban por su exceso de rayos los millares de arcos voltaicos que convertían las cuatro fachadas en un palacio de ensueño de cuento tártaro... Y aunque la realidad redujo lo de las acuarelas, como hoy es moda también, á límites modestos, sin embargo el Casino de los dos guiones, como le llamaba la gente mal educada, era todavía una maravilla con su Gran Hotel en los pisos de arriba, sus puertas dos veces más vastas que las de Korsaabad, sus *garages* para los automóviles y sus quinientas trece habitaciones *casinarias*. Y todo, todo ello le había salido de la cabeza al elemento joven.

Asqueado, sí, señores; avergonzado el elemento joven, derribó la Junta, derribó el cuadro de los socios, hecho á pluma por un discípulo de Palucie; derribó el reglamento, derribó el edificio, derribó el espíritu que lo informaba é invadía todo como una pegajosa humedad ancestral; derribó los cimientos y los principios de todo eso; y valeroso, audacísimo á lo norteamericano, hijo de nuestro tiempo, el elemento joven salvó las dificultades ibéricas al modo moderno. Durante el mes, corto tiempo que los planos estuvieron expuestos fué levantado el edificio. Los socios mismos, interpelados por el asombro, respondían con la sonrisa en los labios: No hay que admirarse; es que el elemento joven lo arrolla todo, señores. ¿El elemento joven?... ¿Y quiénes eran el elemento joven? Porque los mismos socios de ahora eran los de antes: padres, hijos, amigos, conocidos todos ellos de cada uno de ellos... Pues ahí tienen ustedes el milagro cívico. Nadie se lo explicaba, y todos los veían ante sus ojos, en la adorable forma de un Casino, el mejor edificio de la provincia, foco de luz

y de libertad, sobre lo que fué fruto híbrido de cripta y de cueva, de cloaca y covachuela. Allí entraba el obrero y el zanguano, el funcionario y el tagarote, el grande y el humilde... Donde antes no se podía hablar de religión, había ahora peñas hasta de teósofos; donde nunca se pudo romper un espejo, sencillamente porque no los había siquiera, ahora se había llegado al absurdo de constituir en uno de los salones casinarios nada menos que el magnífico club de los lunáticos ó rompedores profesionales de lunas. ¿Queréis mayor libertad, mayor señal del espíritu de la época? Las había mayores. Sí, mayores, aunque parezca mentira. El elemento joven no quiso hacer las cosas á medias. Podíais comer en los sótanos del Casino con — vergüenza da decirlo — la mujer más indecente. Podíais salir de allí borrachos hasta el tuétano. Podíais, sin salir de allí, vivir una semana, un mes, un año sin necesitar de nadie y de nada de fuera. Podíais... podíais, asombraos, entrar pobres, muy pobres, y salir ricos, riquísimos...; salir sin un céntimo, partido por el medio, y haber entrado con la cartera repleta de billetes. Todo se podía hacer allí. En tres días dos socios se habían vaciado la sersera por su libre albedrío, allí donde el suicidio, sólo en su puro concepto, hubiese matado de estupor á los socios del Primitivo. En tres días, en el espacio de tres días..., dos cadáveres. Y el gobernador cada vez más gordo. Y los hospitales cada vez mejor atendidos. Y todos satisfechos del elemento joven, que, contento con hacer las delicias de los casinarios, repartía miles de duros por los barrios pobres, por los sitios terribles donde el dolor aúlla... Muchos centenares de manos y de bocas bendecían al elemento joven del Casino *Libero-Conserva-Reformador*. El Casino de los dos guiones era el árbitro de la ciudad y de la provincia. Pero ¿á quién señalar como causa de todo ello? ¿Quiénes simbolizaban ese elemento joven, audaz, valentísimo, capaz de burlar los expedientes ibéricos, la autoridad ibérica, la fatalidad ibérica y la inexorable inercia ibérica? ¿Qué clase de divina juventud revolucionaria era esa que en espacio tan corto había realizado tan asombroso cambio de Casino á Casino?

Imposible saberlo. La causa de todo era el elemento joven, y en paz. Yo creo que únicamente hubiesen podido precisar algo más los dos socios que en el espacio de tres días se habían saltado la tapa de los sesos. Los dos se habían matado en la sala de juego. Pero atreveos vosotros, si queréis, á conciliar eso del juego y el elemento joven. A mí me daría pena hacerlo, y si escribo de ello es porque...

EUGENIO NOEL.

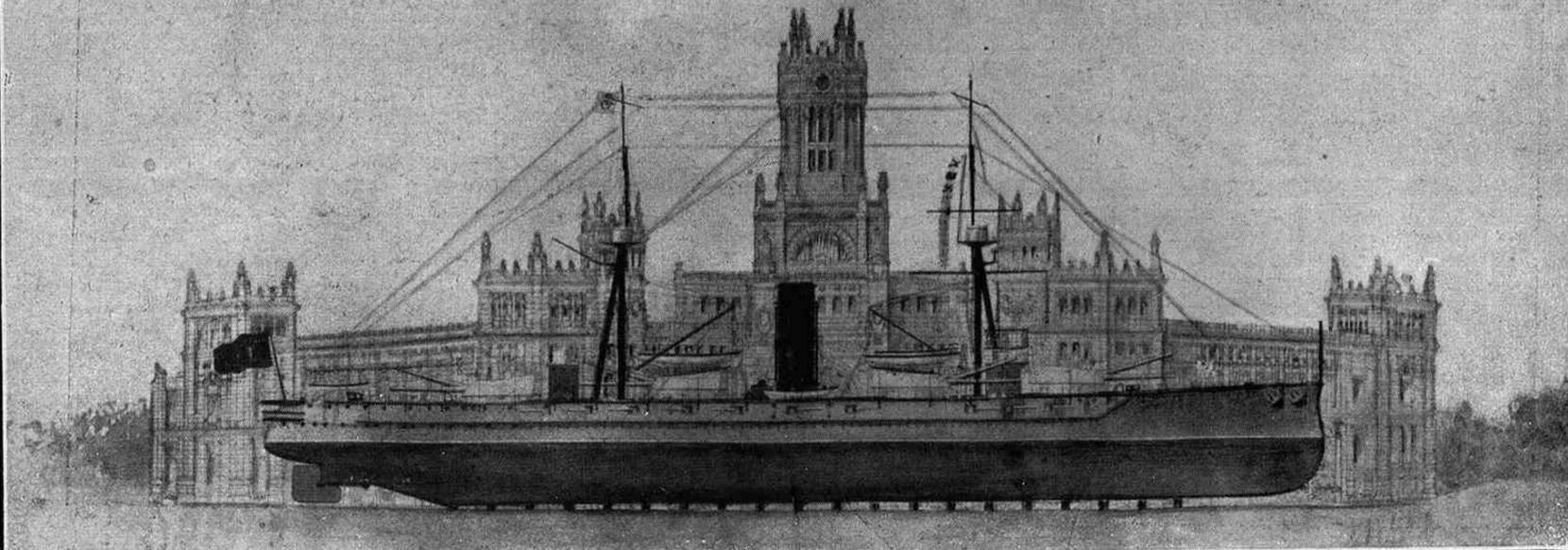
DIBUJO DE PENAGOS

# La Sociedad Española de Construcción Naval en el Congreso de Ingeniería

**SOCIEDAD ESPAÑOLA DE CONSTRUCCION NAVAL**

ACORAZADO TIPO "ESPAÑA" CONSTRUÍDO POR ESTA SOCIEDAD PARA LA MARINA DE GUERRA ESPAÑOLA. COMPARADAS SUS DIMENSIONES CON LA CASA DE CORREOS

DIMENSIONES Y DATOS PRINCIPALES			
CARACTERÍSTICAS	POTENCIA OFENSIVA		
Eslora entre perpendiculares	132,38	4 cañones de 305 mm y 50 cañones	
Manga máxima	23,00	Pesa del proyectil	585 kg
Punto de traza	2,34	28 cañones de 100 mm y 10 cañones	
Calado medio	7,77		
Desplazamiento en toneladas	15.761		
Velocidad en nudos	19,5		



Acorazado tipo "España", construido por la Sociedad Española de Construcción Naval para la Marina española de guerra. Sus dimensiones, comparadas con las de la Casa de Correos

ESTA Sociedad, arrendataria de los arsenales del Estado en El Ferrol y Cartagena, y de los talleres de artillería de la Carraca, y propietaria de los astilleros y factorías de Matagorda, Sestao y Reinosa, presenta, en dos salas de la Exposición, una colección interesantísima de modelos y proyectos de construcciones navales y militares.

Llaman la atención á primera vista, entre los modelos, los de los acorazados, cañoneros, *destroyers* y torpederos ya entregados á la Marina, y los de los cruceros, *destroyers* y submarinos en construcción, así como los ejemplares de los proyectiles desde 30 1/2 á 7 1/2 centímetros, espoletas, minas submarinas, depósitos de aire para tubos lanzatorpedos, frascos para envase de mercurio, portillas «Stone» y otros productos de la industria militar. Descuellan asimismo los modelos de los vapores construídos para la Compañía Transmediterránea y para las Sociedades Altos Hornos de Vizcaya y Duro-Felguera. Entre los cuadros murales llaman preferentemente la atención los planos de buques para la Compañía Transatlántica, muy especialmente el mayor de ellos, de 18.000 toneladas de desplazamiento, proyectado sobre la Puerta del Sol, y el acorazado *España*, proyectado sobre la Casa de Correos, y un curiosísimo gráfico que abarca á todos los buques militares y mercantes en construcción y contratados por la Socie-



Toneladas de desplazamiento y potencia en caballos de los buques y máquinas construídos, en construcción y contratados para construir, por la Sociedad Española de Construcción Naval, y comparación de la longitud total de esas obras, con la distancia desde la Puerta de Atocha al Paseo de Ronda

dad, que, formados en línea de fila desde la Puerta de Atocha al paseo de Ronda, alcanzan una longitud total de 5.659 metros, dan la vuelta al Hipódromo y terminan en la estatua del marqués del Duero, representando en conjunto unos 74 buques, con un total de unas 237.000 toneladas de desplazamiento.

Entre las fotografías y planos de los diversos establecimientos de la Sociedad, sobresale el nuevo de Reinosa, dedicado á la fabricación de grandes piezas de acero forjado y moldeado, elementos de artillería y aceros especiales, con destino á todas las construcciones que la Sociedad realiza. En ellas, según los gráficos que presenta, emplea un personal obrero, que de cinco mil

ha pasado á nueve mil, y cuyos jornales han aumentado del 77 al 147 por 100, y el precio de la hora del 100 por 100 al 169 por 100.

Expone, además, la Sociedad una colección de álbums ilustrados, y resúmenes anuales de sus obras y de sus memorias y balances.

El rápido examen de ellos y de los gráficos complementarios permite apreciar sintéticamente el próspero desarrollo de esta Sociedad, cuyo capital ha pasado de 10 á 50 millones de pesetas, completamente desembolsado, y cuyas propiedades exceden en valor á dicho capital. Su último volumen de obra anual, sólo para obras mercantes, ha sido de 47 millones de pesetas. En la actualidad tiene en construcción 13 buques de guerra, 14 mercantes, dos gabarras, un remolcador y una grúa flotante de 100 toneladas, y el volumen de obra total contratado para ejecutar en cuatro años, á partir del actual, excede de 380 millones de pesetas, ó sea de unos 70 millones anuales, sumando las obras militares y las mercantes, en las que no están incluidas las del contrato con la Compañía Transatlántica, en los diez años restantes de su duración.

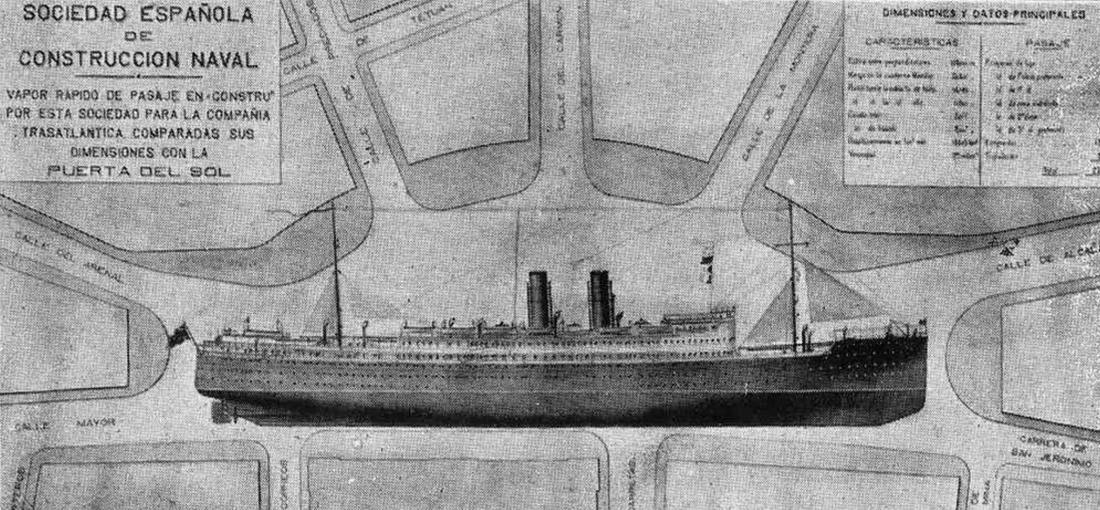
Todo ello es una muestra de la prosperidad de la construcción naval en España, y muy especialmente del impulso que ha sabido imprimirle la Sociedad, y justifica cumplidamente su crédito industrial y la cotización de sus acciones, á las que ha ido repartiendo dividendos crecientes de 5, 6 y 7 por 100, no obstante la crisis por que la construcción naval ha atravesado, y que este año todo induce á creer será del 8 por 100, puesto que acaba de anunciar un dividendo á cuenta, en 1.º de Enero, del 4 por 100.

Esta amplia manifestación de una de las principales actividades navales del país es un éxito más de la Exposición de Ingeniería y un motivo más de satisfacción para los españoles.

**SOCIEDAD ESPAÑOLA DE CONSTRUCCION NAVAL**

VAPOR RÁPIDO DE PASAJE EN CONSTRUCCIÓN POR ESTA SOCIEDAD PARA LA COMPAÑIA TRASATLANTICA. COMPARADAS SUS DIMENSIONES CON LA PUERTA DEL SOL

DIMENSIONES Y DATOS PRINCIPALES			
CARACTERÍSTICAS	POTENCIA		
Eslora entre perpendiculares	100,00	2 cañones de 150 mm	
Manga máxima	12,00	Pesa del proyectil	15 kg
Punto de traza	1,50		
Calado medio	3,00		
Desplazamiento en toneladas	1.000		
Velocidad en nudos	15,00		



Barco rápido de pasaje, en construcción por la Sociedad Española de Construcción Naval, para la Compañía Transatlántica. Sus dimensiones, comparadas con las de la Puerta del Sol

## EL HIJO



Los dos hermanos, ante la blanca cuna del niño, sollozaban desesperados.

La mujer, terminado el trágico relato que no se atrevió jamás á confiar á una carta, sintió anudada su garganta por un hipo de angustia, y no pudo hablar más.

Su hermano, en pie, pasado el momento agudo de dolorosa crisis, contemplaba absorto la cuna en la que el niño sonreía, dilatada su carita de nácar y rosa con esa sonrisa única, luminosa y serena que sólo los niños tienen.

¡Triste llegada la del licenciado! Cuatro años luchando, sintiendo aletear sobre sí la muerte en el horror de los campos de batalla y en la trágica desolación de las trincheras, para regresar ahora á su hogar y encontrar en él la huella del dolor y del crimen.

Durante largos días de epopeya, el soldado, en la terrible pesadilla de los combates y en el cruel desamparo de las noches de centinela, sólo vivió para este ansiado momento del retorno, cuando él llegase triunfal á la aldea y los trémulos brazos de la abuela y de la hermana, de la linda niña que él dejó para caminar tras de la muerte y de la gloria, pudieran abrazarle, dándole el saludo de paz. Y su sueño yacía ahora destrozado por el cruel dolor humano,

por la rúdeza implacable de la fatalidad. Muerta la vieja y la hermana mancillada; hundida en el dolor y la vergüenza desde el principio de la guerra; infamada por uno de aquellos soldados que asaltaron la aldea á sangre y fuego.

Del relato de la hermana sólo quedaba en el alma de él el recuerdo de aquella noche trágica de la invasión en que la muerte sorprendió á la abuela y la terrible algazara de la soldadesca germana invadió su casa. Después, las tropas francesas reconquistaron el poblado y huyeron los invasores dejando en la rubia niña doliente reliquia perpetuamente evocadora y triste de su paso...

Sollozaba la hermana inconsolable, ante el hermano, que al fin pudo preguntarle:

—¿Y «él»?—Y en la interrogación vibraba, como una esperanza, un trémolo de odio vengativo.

—Seis noches después—respondió la cuitada—, cuando los nuestros volvieron, iba á huir con los demás... Pero no pudo... Le mataron en la misma puerta... y quedó cruzado en la calle para siempre...

Nuevamente las lágrimas apagaron su voz. El hermano contemplaba en silencio al niño, al hijo del dolor y del crimen, que reposaba en la blanca cuna. Sangre suya era; de la misma savia fraterna llevaba jugo en sus venas. Y

como si del amor y no del odio fuera nacido, el niño era hermoso, blanco, rubio y alegre como un querube.

Fuera de la casa sonaban músicas y cohetes. El pueblo celebraba la paz y el retorno de los soldados supervivientes. Por las cristaleras de la alcoba penetraban las luminarias. El compás de la música marcaba el ritmo familiar de las viejas danzas pueblerinas. El hermano fué á la hermana y le alzó la frente de las manos, diciéndole con acento rudo y conmovido:

—¡No llores más!... Ya, ¡qué ha de hacerse!... ¡Me haré cuenta de que me nació un hijo!...

La hermana se le abalanzó al cuello y le abrazó temblando.

Y mientras estallaban los cohetes trazando sus jeroglíficos en el cielo y vibraban alegres las músicas, el niño sonreía en su cuna, serenamente, luminosamente, como si en aquella alegría del pueblo que celebraba la paz, él, que fundía en sus venas las sangres de las dos razas enemigas, fuera el símbolo de la paz más alta y la esperanza viva de aquella nueva humanidad que después de la matanza se asomaba al mundo...

JULIÁN FERNÁNDEZ PINERO

DIBUJO DE PEDRAZA

:: LOS GRANDES ::  
REVOLUCIONARIOS

MASANIELLO

CONCLUSIÓN.—(Véase el número anterior)

de sesenta casas. Como se ve, el mal es antiguo.

La primera casa asaltada fué la del arrendador del impuesto sobre las harinas, Jerónimo Letizia, que fué arrasada, con la riqueza inmensa que contenía, por el fuego. La multitud, atizando la hoguera, exclamaba: «Todo esto es nuestro; así merecen arder en el infierno los que nos lo han usurpado.»

Hubo un momento en que el desdichado duque de Arcos se rebajó hasta enviar un mensaje á Masaniello, pidiéndole algunos manjares y comestibles delicados. Masaniello se disponía á complacerle con apresuramiento, hinchándose de vanidad por tal petición; pero sus sectarios se interpusieron, afecándole su conducta, y él, comprendiendo rápidamente que iba á perderse, repartió entre los más exaltados los regalos que para el duque preparaba, añadiendo muchos víveres y barriles de vino, con lo cual, y exagerando luego su fervor revolucionario, afirmó de nuevo su popularidad, valiéndose para ello, además, de esparcir la voz de que iba á poner en vigor un privilegio que á la ciudad había otorgado el Emperador Carlos V, y por el cual clamaban los napolitanos.

Desvanecido por el aura popular, cambia totalmente de carácter, mostrándose suspicaz y á la par deseoso de mando y grandezas, delisongas y adulaciones. Conociendo planes de perpetuidad en la grandeza y en el mando, trató de convertir su pobre casita en magnífico palacio, para lo cual mandó derribar todos los edificios que rodeaban aquella, sin atender quejas y reclamaciones, y pidiendo á los comerciantes ricas telas y soberbios muebles, y hasta trató de crearse una servidumbre con su correspondiente librea.

Aparte esto, repartió los oficios y empleos más principales entre gente baja, ignorante y truhanesca, y levantó en varios puntos de la ciudad horeas y patibulos, que ciertamente no estaban mucho tiempo desocupados, la mayor parte de las veces en satisfacción de venganzas ó por fallidas exigencias de dinero.

En la ceremonia de un pacto que el virrey se avino á firmar con Masaniello, iba éste á caballo, con vestido de tejido de plata, y su mujer con lujosísimo traje regalado por la virreina, que la llevó en coche de gala á la iglesia, donde, ante el arzobispo y los nobles, debía verificarse la ceremonia. Masaniello allí mismo, en un indudable rapto de locura, quiso desnudarse; desgarró el vestido y dijo que quería volver á su estado de pescadero; pero inmediatamente faltó á todo lo convenido, y recorrió las calles de Nápoles á caballo, medio desnudo, con una espada en la mano, diciendo: «¿Qué duque ni qué Rey? Aquí yo lo soy todo, y no conozco superior.»

Otra vez volvió del puerto ebrio y descompuesto, y encerrado por fuerza en su casa, amotinó, dando gritos, al pueblo; y mostrándose á él por una ventana, entre cuatro luces, le dijo: «Pueblo mío: ya estoy muerto; dentro de breves horas seré asesinado» (1).

Al mismo tiempo, los atropellos, los asesinatos y los incendios continuaban, ordenados por él mismo, persiguiendo, sobre todo, á la Nobleza.

Por fin, el día 16 de Julio, á los nueve días de su revolucionario imperio, dió las últimas y evidentes pruebas de su locura, y con ellas el término de su vida.

Celebrábase la festividad de la Virgen del Carmen en el convento de este nombre; el templo, refulgente de luces, estaba completamente lleno de fieles, y el cardenal Filomarino se revestía para celebrar los oficios divinos, cuando se presentó á él Masaniello, diciéndole que le amparase, pues el pueblo ya no le quería.

Intentó calmarle el prelado, y en un descuido de éste, Masaniello salió al templo, se apoderó de un crucifijo, subió al púlpito y pronunció un ardiente discurso con su verbosidad natural, no falto de frases y conceptos de buen sentido. Pero de pronto «se acentuó su locura y añadió tantas sandeces y despropósitos, hizo tantas

bajeza vil de Catáneo correspondió con otro más indigno aún: el de recibir el regalo con muestra de júbilo y de feroz alegría (1).

Ni una voz ni una espada se alzó en defensa de aquel desdichado, que días antes era dueño absoluto de la ciudad, á la cual, después de todo, había acarreado el beneficio de abolir los impuestos y abaratar la vida.

El cadáver del infeliz pescadero fué horriblemente profanado.

Llevando delante la cabeza clavada en una pica, el cuerpo fué arrastrado por calles y plazas, bárbaramente mutilado, y arrojado, casi deshecho, en los fosos de Puerta Nolana, mientras la cabeza fué depositada en un muladar, junto al mercado de granos.

Así terminó la vida de aquel desdichado, de esa popular figura histórica italiana; pero no

acabó con ella le revolución, que por impulso ajeno y falaces consejos se había desencadenado en la ciudad.

La insurrección tuvo después otros dos caudillos, hasta que se convirtió el Reino en República, proclamando presidente ó *dux* al duque de Guisa; poniendo así en claro los manejos de Francia, á cuyo dominio hubiera pasado seguramente aquel Reino, si por fin el duque de Arcos no hubiera salido, impulsado por la Nobleza, de su incomprendible apatía, y, sobre todo, si no hubiese llegado una escuadra española, mandada por D. Juan de Austria, el hijo de Felipe IV y de la comedianta La Calderona, que se apoderó en breve de la ciudad y puso fin al estado de anarquía que aún persistía en ella, no obstante el mando del duque francés.

El duque se vió en seguida abandonado por la plebe revolucionaria que acaudillaba, y salió de la ciudad precipitadamente, intentando ponerse al frente de las tropas que desde Aversa se dirigían á Capua; pero fué perseguido y cercado por todas partes, no sólo por sus enemigos, sino por sus propios soldados y por el populacho de la comarca, que poco antes le aclamaba.

Aún tuvo los arrestos de abrirse paso con su espada; pero herido su caballo, cayó maltrecho y fué hecho prisionero por Visconti, teniente de la compañía de Corazas mandada por D. Diego de Córdoba.

Conducido á Gaeta con sólo diez nobles caballeros franceses que no le abandonaron un momento, quiso el conde de Oñate, que allí gobernaba, cortar la cabeza; pero se opuso á ello D. Juan de Austria, siendo conducido á España, donde muy en breve fué puesto en libertad (2).

Así terminó la revolución napolitana, que comenzando el 7 de Julio de 1647, terminó en 6 de Abril de 1648; corto período — dice un autor, testigo presencial — en el cual «los napolitanos demostraron un valor fabuloso y á veces una ferocidad inaudita, y los españoles una constancia heroica».

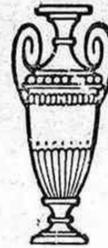
Es de suponer que esa constancia y esa heroicidad no se refieren á la conducta del virrey.

FERNANDO SOLDEVILLA

## DE UN ESPAÑOL DE ANTAÑO HIDALGAMENTE



*Vivo en mi vieja, colonial casona,  
con su patio andaluz, su limonero,  
su raspada ventana, su ancho alero,  
su escudo y su leyenda fanfarrona.  
Por ser realista me llamaron godo,  
mantuve mi adhesión al Rey Fernando,  
y he llorado á raudales contemplando  
cómo mi España, que lo tuvo todo,  
fué perdiendo á jirones su grandeza,  
fué llenando mi hogar de pesadumbre,  
y trocando la propia en tierra extraña...  
Mas, aunque me traspase la tristeza,  
¡guardo, como un tesoro, la costumbre  
de sentirme español fuera de España!*



*Mi hijo, hoy mozo, ha nacido en Venezuela,  
y á su fecunda Patria bendecida  
canta y elogia sin que se lo impida  
la convicción de que me desconsuela.*

*Por el libertador Bolívar siente  
la ciega admiración del fervoroso  
que consagra sus cultos al coloso  
caudillo redentor de un Continente.*

*Mas ¡ay! cuando espigamos en la Historia,  
y yo, entusiasta, alabo la memoria  
del grande pueblo que hoy cansado está,  
el hijo de mi amor, siempre altanero,  
¡me habla del bravo Páez el llanero  
y del radiante sol de Boyacá!*

*La sangre, en vez de unir, nos ha partido;  
juntar su vida con la mía es vano:  
mi gloriosa altivez de castellano  
lastima su altivez de redimido.*

*Yo soy sol que se pone; él, sol que sale;  
mi pasado, para él, es una espuela...  
¡Somos—lo reconozco aunque me duela—,  
yo, el que pudo valer; él, el que vale!*

*Los dos temblamos de jactancia; pero,  
¿es él quien ha acertado, ó yo el que yerra?  
Su regocijo no es mi regocijo,  
y, sin embargo, fusionarlos quiero:  
¡que por su luz pasada amo á mi tierra,  
y por su luz futura amo á mi hijo!*

E. RAMÍREZ ANGEL

Caracas, Octubre 1919.

contorsiones ridículas y ademanes indecentes, que de orden del arzobispo se le retiró á la fuerza del púlpito y le subieron á la celda de un religioso, donde, bañado en sudor y casi desmayado, quedó profundamente dormido» (1).

Celebrábase la ceremonia religiosa, cuando entró atropelladamente en el templo, aún lleno de fieles, una furiosa turba, mandada por unos foragidos llamados Salvador y Carlos Catáneo, Angel Ardizzone y Andrés Ramos, todos muy bien armados (que la noche antes habían conferenciado con el virrey), gritando: «¡Viva el Rey de España; viva el duque de Arcos; muera el que obedezca á Masaniello!»

La multitud quedó aterrada y muda, y los feroces contrarrevolucionarios se dirigieron á la celda en busca de Masaniello.

Este, que acababa de despertar, salió corriendo y les dijo: «¿Me buscáis? Heme aquí, pueblo mío»; y recibió por respuesta cuatro balas de arcabuz que le tendieron muerto en tierra, pronunciando al caer estas últimas palabras: «¡Ingratos, traidores!» (2).

Un carnicero que iba entre la multitud le cortó inmediatamente la cabeza, que aún gesticulaba, y asiéndola por los cabellos Carlos Catáneo, la llevó como presente al virrey, que al acto de

(1) Angel de Saavedra, duque de Rivas.  
(2) Bañacellini.

(1) Giraffi.  
(2) MS. de Capecepatro y otros autores.

(1) De Santis.



BLANCO Y SUAVE COMO  
EL ARMIÑO  
TENDRÁ USTED EL CUTIS  
USANDO Á DIARIO EL JABÓN  
HENO DE PRAVIA

1.25 PASTILLA EN TODA ESPAÑA

PERFUMERÍA GAL. MADRID



# LOS SEISES EN LA OCTAVA DE LA PUREZA



"Los seises de la catedral de Sevilla, bailando en la Octava de la Pureza", cuadro de Gonzalo Bilbao

Los seises de la catedral de Sevilla, ó los niños cantoricos, como se les llamaba antiguamente, ponen en los solemnes cultos de la Octava á la Purísima la nota más graciosa y poética. A este efecto dice un esclarecido autor que el baile de los seises es una de las manifestaciones más tiernas del culto católico.

En el atardecer de los días de la Octava, cuando la luz mortecina del sol se quiebra en los ventanales góticos de la inmensa catedral, llenándola de suaves y misteriosos reflejos, las canciones de los seises semejan armonías que llegan de las alturas celestiales, y más parecen voces de serafines que de lenguas humanas.

No se ha podido averiguar á ciencia cierta el origen y antigüedad de los seises. Las noticias más remotas se refieren á que el Papa Eugenio IV, por bula dada en Florencia en 24 de Septiembre de 1430, según consta en el libro de entradas de la Contaduría Mayor de la Basílica sevillana, mandó que la ración número 20 se repartiese por mitad entre el maestro de Capilla y estos niños. Por dicha circunstancia los seises visten capas en las procesiones en que también las lucen los canónigos y beneficiados, dando á entender con ello que les corresponde parte de aquella ración.

Los seises de la catedral sevillana suelen pertenecer á las clases más humildes, y no se les admite si son mayores de diez años.

En el Colegio de San Miguel recibían educación musical y científica, antes de que se suprimieran los diezmos, quedando hoy reducida la enseñanza á las de Música y Canto y primeras letras.

Refiere la tradición que, queriendo un arzobispo de Sevilla suprimir los seises, por efecto de ciertos escrúpulos, el Cabildo fletó un barco y los mandó á Roma en unión del maestro de Capilla, para que danzasen y cantasen ante el Pontífice y desvirtuaran la opinión de quienes los estimaban irreverentes.

Otros son del parecer que lo que se hizo fué consultar sobre si debían bailar, como lo hacen, con los sombreros puestos, y que la concesión está limitada al tiempo que rompan los trajes que vestían cuando se les autorizó, por lo que no llegan á serles renovados de un modo total.

Aquellos son galanes y muy lindos.

Se componen del *vaquero*, que se ciñe al cuerpo desde el cuello hasta la rodilla y es de da-

masco celeste listado con galón de oro, así como el calzoncillo blanco con rosetas en cada parte inferior de los lados de afuera. Crúzales el pecho una banda de raso, y desde los hombros les caen unas aletas de damasco celeste galoneadas de oro. Las zapatillas son de badana blanca con moños de cintas celestes, y el sombrero, con el ala derecha á la chamberga, es también de rica tela blanca y celeste, recrucetada con galones de oro, partiéndole del centro un airoso plumón que les cae hacia la espalda.

En el Triduo de Carnestolendas y en la Octava del Corpus los adornos son de color carmesí.

Los graciosos y encantadores bailes los eje-

cutan en el presbiterio del altar mayor, que está enmarcado por altas verjas doradas, como de oro refulgente.

Primero hacen una reverencia postrándose de rodillas, luego se alzan y se colocan en dos filas, la una frente de la otra.

A los sonos armoniosos y dulcísimos de la orquesta cantan villancicos:

¿Quién es la que del cielo  
serena se desliza,  
del sol y luna ornada,  
de estrellas mil ceñida,  
de fulgor esplendente  
en torno circuida,  
purísima azucena,  
paloma sin mancilla?  
Es la madre del Verbo  
sin mancha concebida.

#### ESTRIBILLO

Brote el cielo resplandores,  
el suelo palmas y rosas;  
que es concebida María,  
de Dios Madre venturosa;  
ángeles y serafines  
á su tránsito se postran,  
y el Universo á sus plantas  
la cerviz humilde dobla.

#### COPLAS

Tu pureza inmaculada  
cielos y tierra pregonan,  
fulgente lirio del valle,  
de Jericó esbelta rosa.

De su amor ofrenda pía  
á ti consagra devota  
Sevilla, que reverente  
de tu protección blasona.

Y danzan, haciendo calados, cadenas y vueltas á paso de *vals*. Durante el baile alternan las canciones con el repiqueteo de las castañuelas, dando á la danza el sabor alegre y regocijado de la tierra.

Las líneas ondulantes que describen, las canciones que entonan con candor singular, el momento solemne del ocaso, rodean al cuadro maravilloso de las gracias más encantadoras, elevando nuestras almas á las regiones más altas de un ideal purísimo.

Catedral de Sevilla, niños, bailes, canciones, ¿quién no dirá trozo de cielo en la tierra de María Santísima?

J. MUÑOZ SAN ROMÁN



Patio del Colegio de San Miguel, de Sevilla, donde dan clases los seises

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

**LA PAPELERA ESPAÑOLA**



**De Gran Ayuda En Las Diarias Faenas De La Vida**

Este delicioso "chewing gum" (chicle) calma la sed y los nervios, abre el apetito y ayuda la digestión. Limpia y refresca la boca y la garganta y hace que el cigarro o cigarrillo sepa mejor que el anterior.

Empacado herméticamente. Se conserva fresco en todos los climas.

De venta en las Boticas, Dulcerías y otras Tiendas.

Tres Sabores Deliciosos.

**Conserva Su Sabor**



204



**HERMOSURA DEL CUTIS**



—Para ti traigo un tesoro de más quilates que el oro.  
—Dime qué es ello, Fabián.  
—Un preciado talismán, un prodigio de hermosura: es... colonia PECA-CURA.

Jabón, 1,50. — Crema, 2,40. — Polvos, 2,40. — Agua cutánea, 5,50. — Agua de Colonia, 3,50, 5,50, 9 y 15 pesetas, según frasco. — Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 pts., según frasco.

**ÚLTIMAS CREACIONES**  
Productos Serie «Ideal»:

ACACIA, MIMOSA, GINESTA, ROSA DE JERICO, ADMIRABLE, MATINAL, CHIPRE, ROCIO FLOR, ROSA, VERTIGO, CLAVEL, MUGUET, VIOLETA, JAZMIN

Jabón, 3.—Polvos, 4.—Loción, 4,50, 6,50 y 20 pesetas, según frasco, en estuche.

Cortés Hermanos, SARRIÀ (BARCELONA).



**TINTAS**  
LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS  
DE  
**Pedro Closas**  
ARTÍCULOS PARA LAS ARTES  
GRAFICAS

Fábrica: Carretas, 63 al 7) BARCELONA  
Despacho: Unión, 21

**CONSERVAS TREVIJANO**  
LOGROÑO

**FÁBRICA DE CORBATAS** 12, CAPELLANES, 13  
Géneros de punto. Elegancia, Surtido, Economía. PRECIO FIJO. Casa fundada en 1870.  
Camisas, Guantes, Pañuelos.

**SE VENDEN** los clichés usados en esta Revista.  
Dirigirse a Hermosilla, número 57.



¡LA MEJOR!

LÁMPARA  
METAL  
1/2 VATIO

HELIOS

COMPañÍA GENERAL ESPAÑOLA DE ELECTRICIDAD  
APARTADO 150 MADRID

IMPRESA DE «PRENSA GRÁFICA», HERMOSILLA, 57, MADRID

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS